

CARAVANA A LAS ESTRELLAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



CARAVANA A LAS ESTRELLAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

385 – Vigilantes del universo, *Kelltom McIntire*.

386 – Policía robótica, *Glenn Parrish*.

387 – Pánico en el planeta “X”, *Curtis Garland.*.

388 – La ira del espacio, *Clark Carrados*.

389 – Supervivencia, *Ralph Barby*.

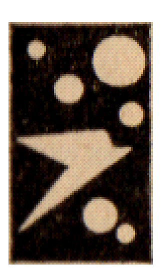
GLENN PARRISH

CARAVANA A LAS ESTRELLAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 390

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 46.868 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1978

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la puerta de entrada al despacho campeaba un rótulo singular:

M. F. SHASTA

Guía y asesor estelar

Pero allí no iba nadie a solicitar los servicios de Michael Farrow Shasta como guía en alguna expedición a las estrellas ni siquiera sus consejos legales de la especialidad. Salvo el sillón en que se sentaba y el lugar de la mesa en donde ponía los pies, el resto de la oficina empezaba a cubrirse de polvo.

Michael Farrow Shasta estaba sin trabajo. Hacía más de dos años que nadie le contrataba como guía y la última vez que un futuro colono había ido a solicitar sus consejos estaba muy lejos en la mente de Shasta. La culpa era… pero ¿qué importaba ahora de quién fuese la culpa?

Mike Shasta podría aguantar un año más, quizá dieciocho meses, mientras le durasen sus ahorros. Después…

Había dormido una siesta en el sillón, con los pies sobre la mesa. Al abrir los ojos, dirigió una mirada hacia el televisor. Luego consultó su reloj de pulsera.

Faltaban un par de minutos para la partida de una importante expedición de colonizadores. Shasta alargó la mano v cogió el mando de control remoto del televisor, que se encendió inmediatamente. Un batallón de chicas poco vestidas subían y bajaban alegremente las piernas. Shasta cambió de canal y la ETIS apareció instantáneamente en la pantalla.

El locutor explicaba a sus televidentes lo que iba a suceder dentro de escasos momentos en la Estación de Transporte Instantáneo número cinco. La cámara mostraba ahora una vista de la amplia explanada que había ante la Estación. Más de un millar de personas rebullían En espera de que se diese la señal de partida. Shasta vio tractores todo

terreno, con remolques de carga; camiones ligeros, con propulsión de oruga, algún camión pesado y muchos animales en sus jaulas correspondientes, a excepción de los caballos y las vacas que viajarían en sendas plataformas remolcadas, lógicamente, por los vehículos a motor.

Había abundancia de hombres y mujeres y también de niños, todos ellos ilusionados y esperanzados por viajar a un mundo donde podrían iniciar una nueva vida, lejos de la Tierra, en donde la superpoblación resultaba ya agobiante y en la que las reglamentaciones abrumaban a la mayoría de la gente. Todos los expedicionarios eran valientes y animosos y estaban dispuestos a sufrir las penalidades de la vida de colonos, con tal de labrarse un porvenir en Khyrios, el planeta de tierras fértiles y agua abundante, en donde bastaba sembrar un puñado de trigo para obtener, en seis meses, una cosecha capaz de hacer realidad los sueños del más escéptico.

De pronto, Shasta abandonó su actitud lánguida y displicente. Los altavoces acababan de anunciar el nombre del jefe de guía de la expedición: Fred Rustler.

Shasta torció el gesto. Si el fuese comisario de Viajes Estelares, retiraría inmediatamente la licencia de guía a Rustler. Los componentes de la expedición habían elegido al guía de peor reputación. Shasta se preguntó cómo era posible que Rustler pudiese conservar todavía su licencia. Debía de tener buenas agarraderas en las alturas, se dijo.

Rustler estaba en pie, sobre el asiento de su jeep semioruga, movido por energía estelar. Tenía un megáfono en las manos y, a sus espaldas, se veía el gran arco semicircular que era la puerta de transporte instantáneo. Sentado ante el volante, se hallaba Jay Egan, un sujeto tan poco recomendable como su, jefe. ¿Cómo diablos habían podido engañar a los componentes de la expedición? ¿Quién había sido el imbécil que había contratado a Rustler?

El guía dio sus últimas instrucciones. Los conductores de los vehículos dieron el contacto. Egan hizo arrancar el jeep, encaminándolo hacia el brillante arco metálico, que encerraba lo que parecía una pared impenetrable de color grisáceo, al otro lado de la cual no se podía ver el paisaje que circundaba la Estación.

El jeep pareció desaparecer al otro lado de aquel muro gris. En realidad, acababa de viajar instantáneamente a decenas de años luz, a un lugar en donde otra puerta materializaba en milésimas de segundo

al vehículo, sus ocupantes y vehículos.

A continuación siguió un camión ligero, con remolque. El colono y su familia transportaban cuanto tenían de valor: ropas, alimentos, semillas, herramientas, animales domésticos. Todo fue lanzado al espacio y transportado a su destino en un tiempo cortísimo.

Al materializarse en la otra puerta, el primero de los colonos vio a Rustler en las inmediaciones. Rustler movió su brazo.

—¡Sigan al jeep, no se detengan! —bramó el guía.

El colono hizo un gesto de gratitud, sonriendo alegremente. El momento tan largamente ansiado, había llegado al fin. Delante de él estaba el vehículo guía, que se deslizaba a lo largo de una cañada herbosa, de amplias laderas, la cual desembocaba en una gran llanura, abundante en árboles y cruzada por un caudaloso río, de aguas plateadas.

Otro vehículo llegó de la Tierra y siguió las huellas de los dos anteriores. Sonaron gritos de júbilo y aclamaciones de los viajeros al guía. Rustler contestó con voces de ánimo.

Una hora más tarde, doscientos vehículos y mil personas habían atravesado las dos puertas de transporte instantáneo. Para entonces, Shasta, aburrido, había desconectado el televisor y contemplaba la hora de su reloj, pensando en lo que haría el resto de aquel día, tan monótonamente parecido a los precedentes... y a los que iban a seguir, si Dios no lo remediaba.

Shasta se había olvidado ya de Rustler y de los colonos.

A decenas de años luz de distancia, Rustler había dejado pasar al último vehículo.

—Sigan, sigan al que les precede. Yo me reuniré con ustedes en seguida —había indicado.

Los colonos, incautamente, habían acatado el mandato del hombre en quien habían depositado su confianza. Delante de ellos serpenteaba una larga hilera de vehículos, que rodaban a una moderada velocidad de treinta kilómetros a la hora. Debido al silencio de los motores, podían oírse muchos de los cánticos de esperanza que entonaban aquellas gentes que habían viajado en busca de una nueva vida.

El jeep de Rustler apareció de pronto por otro lado, descendiendo a



toda velocidad la herbosa ladera de una loma. Egan frenó en seco.

—Ya están —sonrió turbiamente. Rustler consultó la hora de su reloj.

—Faltan tres minutos —dijo—. ¿Tienes preparado «eso»?

—Sí.

Egan agarró un paquete que había en el asiento posterior y se lo lanzó a su jefe, quien lo atrapó al vuelo. El paquete quedó al pie de una de las ramas del arco metálico. Rustler se inclinó y dio media vuelta a una llave que tenía la caja en la parte superior. Luego subió al jeep de un salto. Egan lo hizo arrancar y se lanzó hacia la puerta espacial.

Instantes después, se hallaban de nuevo en la Tierra.

El encargado de la puerta salió a recibirles.

—¿Todo bien? —preguntó.

Rustler tenía la vista fija en el reloj de pulsera.

—Faltan diez segundos —dijo—. ¿No corremos peligro aquí, Tommy?

—Ninguno.

A decenas de años luz de la Tierra se produjo una seca explosión. La deflagración apenas causó una leve humareda, pero, en el mismo instante, el arco metálico de la puerta espacial empezó a chisporrotear con enorme violencia.

La pared gris se deshizo en una sucesión de atronadores estallidos, a la vez que se producían unos vivísimos destellos blanco azulados. Finalmente, la estructura se deshizo en infinidad de fragmentos retorcidos y ennegrecidos.

El fragor de las explosiones llegó a oídos de los expedicionarios, quienes, desde lejos, contemplaron el singular espectáculo, sin comprender lo que sucedía. El primero de los vehículos llegados estaba todavía a un par de: kilómetros del río.

Sonaron voces de alarma.

—¿Qué ha pasado?

—Rustler, ¿dónde está Rustler?

—El guía, el guía...

El desconcierto hizo presa en todos los expedicionarios. Algunas mujeres empezaron a sentir miedo. Uno de los colonos, más decidido, sacó su camión ligero de la fila y lo hizo avanzar hacia la cabeza de la columna.

—¿Dónde está Rustler? —preguntó al hombre que ocupaba el primer puesto de la caravana.

—Eso es lo que yo quisiera saber —gruñó Ray Barez, hombre de unos cuarenta y cinco años, recio, fornido y de ojos penetrantes—. Su segundo iba delante de mí y, de pronto, dio media vuelta, diciéndome que siguiera adelante en la misma dirección, ya que él iba a inspeccionar la marcha de la columna. ¿Es que no lo ha visto usted, señor Trynne?

Harald Trynne sacudió la cabeza.

—No. Y, si quiere que le diga la verdad, empiezo a sospechar lo peor, amigo Barez. —¿Cómo?

Trynne bajó la voz.

—Nos han engañado. Creo que esto no es Khyrios —dijo.

Barez se estremeció.

—Pero ¿por qué diablos iban...?

—No lo sé —contestó Trynne—. Creo que lo mejor es acampar a orillas del río y celebrar una asamblea. Así podremos tomar una decisión conveniente para todos.

—Podríamos regresar a la puerta espacial...

Un alarido, que se repetía innumerables veces, corrió a lo largo de la columna:

—¡La puerta espacial ha sido destruida!

Junto a Barez, se hallaba su mujer, María, de unos cuarenta años, agradable de rostro y figura todavía. Benny, el hijo, contaba unos doce años y miraba a los dos interlocutores con los ojos muy abiertos.

—Eso significa que no podemos volver a la Tierra —dijo Barez sombríamente.

—Significa otra cosa aún peor; esto no es Khyrios —contestó Trynne.

Algunos hombres corrieron excitadamente hacia la cabeza de la columna.

Barez saltó al suelo. Trynne se apeó también de su vehículo.

—Amigos —dijo el primero—, creo que hemos sido engañados por un guía sin escrúpulos, pero no se ha perdido todo aún. Estamos en un planeta perfectamente habitable…

—Pero sin puerta no podremos tener noticias de la Tierra ni recibir repuestos ni pertrechos —clamó alguien.

—Tendremos que arreglárnoslas con lo que hemos traído nosotros —contestó Trynne.

—Lo mejor será que sigamos hasta el río y acampemos allí esta noche. Cuando hayamos establecido el campamento, celebraremos una asamblea, para decidir lo que debemos hacer —propuso Barez.

De repente se oyó un agudo grito:

—¡Viene alguien!

Barez volvió la cabeza. Estupefacto, divisó un nutrido grupo de seres que se acercaban a aquel lugar, volando a unos quince metros del suelo, mediante sus propulsores individuales. Había unos quince o veinte, extrañamente ataviados, pero el asombro de los terrestres subió de punto al darse cuenta de que la mayoría de los que se acercaban eran mujeres.

La que marchaba en cabeza izó una mano y el pelotón se detuvo en el acto. Luego exclamó:

—Están arrestados por violación de un territorio que no les pertenece. Según las leyes de Krootil todos sus vehículos y equipos personales quedan decomisados, y ustedes serán confinados en un lugar acotado, en donde permanecerán hasta que el gobierno de la Tierra haya pagado la multa que el nuestro les ha impuesto, por el delito ya mencionado.

La estupefacción se apoderó de todos los presentes.

—¿Ha dicho Krootil? —preguntó Barez.

—Sí —contestó la mujer, bastante joven y muy bonita—. Esto es

Krootil —insistió.

—Pero nosotros viajábamos a Khyrios...

—Eso ya no nos importa. Soy la teniente Rudya Uur y actúo en nombre de Sphasina, nuestra reina gobernadora. Abandonen los vehículos y dispónganse a seguirnos, sin más que lo puesto.

Barez se sintió de pronto terriblemente deprimido. ¿Cómo había podido dejarse engañar tan miserablemente?

Miró a Rudya. La joven teniente llevaba en la mano derecha algo parecido a un palo largo, delgado, cilíndrico, con una extraña empuñadura. El rostro de la joven krootiliana expresaba una absoluta firmeza.

De repente, se oyó un fenomenal alarido:

—¡No, no, somos hombres libres! —aulló un individuo—. No nos dejaremos avasallar por nadie. Hemos venido aquí a colonizar este planeta y nos quedaremos...

Tenía en las manos un viejo fusil de pólvora, de la única clase de armas que se permitía llevar a los colonizadores, y lo encaró hacia Rudya. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, la teniente movió su bastón.

Un vivo dardo de luz blanca brotó del extremo del bastón, alcanzando de lleno al terrestre. Sonó un grito y el hombre se desplomó al suelo, fulminado por aquella extraña descarga.

Barez contempló el pecho del caído, en cuyo centro se divisaba un círculo negro, del que aún se desprendían algunas volutas de humo. El rostro del individuo aparecía horriblemente deformado por los efectos de la espantosa descarga de energía.

Rudya miró fríamente al caído.

—No intenten nada hostil contra nosotros —advirtió—. Somos pocas y podrían obligamos a emprender la retirada, pero ya están en camino cuatro compañías de guardias. Les aseguro que queremos evitar una matanza, aunque eso depende más bien de ustedes.

Sobrevino un momento de silencio. De repente se oyó un grito de cólera.

Rudya apuntó con su bastón al hombre que acababa de gritar. Barez se apresuró a elevar sus brazos.

—Quieta —dijo—. No queremos que haya más muertes, pero... por favor, ¿no podríamos conservar nuestros vehículos y equipos? Dejaríamos las armas...

Rudya meneó la cabeza.

—Lo siento —respondió—. Tengo órdenes muy concretas al respecto y debo cumplirlas.

Barez abrió la boca para decir algo, pero, en el mismo momento, vio a lo lejos lo que parecía una espesa bandada de insectos voladores. Cerca de quinientas guardias se acercaban a aquel lugar, volando al máximo de velocidad, en perfecta formación, que permitía ver la separación entre cada compañía de las cuatro que había anunciado Rudva.

—Aunque estarán confinados en un lugar del que no podrán salir, les aseguro que serán bien tratados y no tendrán quejas en cuanto a la alimentación —manifestó la teniente.

Barez suspiró. La resistencia era imposible. Se volvió hacia su esposa y forzó una sonrisa.

—Creo que me equivoqué al proponerte buscar una tierra donde establecemos como colonos —dijo.

María Barez sonrió dulcemente.

—Mi obligación es estar a tu lado, dondequiera que vayas —respondió.

Saltó de la cabina y tendió la mano al niño. Barez tomó la otra mano de su mujer.

—Estamos listos —anunció.

CAPÍTULO II

Había terminado una jornada más de «trabajo» y no sabía qué hacer. Mike Shasta cenó en un restaurante automático, pero era pronto y le fastidiaba tener que encerrarse en su casa, a contemplar la televisión o leer un libro en la máquina de lectura. Caminó un rato por la calle y, de pronto, vio el rótulo luminoso de un local, en el que se prometían todo género de diversiones a los clientes.

Shasta hurgó en sus bolsillos. Podía derrochar una docena de créditos, pero no más o el escaso capital ahorrado se disiparía mucho antes de lo calculado. Pero también hacía tiempo que vivía poco menos que como un monje enclaustrado y el cuerpo le pedía algo de diversión.

El local tenía un nombre muy peculiar: *Todo*. Era un título completamente acorde con lo que en su interior podía ofrecerse a la clientela. Los hombres encontraban mujeres y las mujeres encontraban hombres. Y todos, bebida en abundancia.

Cuando cruzaba el umbral, oyó una atronadora carcajada.

—Aquí, media docena de botellas —dijo un hombre de recia barba negra y voluminoso corpachón—. Vamos, camarero, rápido...

Sonaron algunas risitas femeninas. El barbudo estaba entre dos mujeres de ojos y labios muy pintados. En la misma mesa había un sujeto menudo y delgado, de mirada atravesada. Shasta se preguntó qué hacía Fred Bustler en el Todo, si aquel mismo día había partido como guía de una caravana estelar.

Cuando pasaba por delante de la mesa, escuchó un burlón apóstrofe:

—¡Eh, fracasado! ¿Quieres tomar una copa con nosotros?

Shasta se volvió y dirigió a Rustler una mirada de desprecio.

—Contigo, lo único que se puede beber es vitriolo —respondió.

Rustler se palmeó estrepitosamente los muslos.

—¿Habéis oído, chicas? —dijo atronadoramente—. Miren el remilgado, no quiere rebajarse a beber con un viejo amigo...

—Tú y yo no hemos sido jamás eso que acabas de decir, Fred. Me consideraría deshonrado, si alguien pudiera sospechar que tú y yo podemos ser amigos.

La cara de Rustler se puso roja de ira. Furioso, dio un manotazo y se

puso en pie.

—Tienes ganas de pelea, ¿eh? Tú, el famoso guía, el más experto conductor de caravanas... el autor del desastre de la expedición Haddock... —Riendo desaforadamente, Rustler se volvió hacia las mujeres—. Ahora ya nadie le contrata; nadie quiere correr el riesgo de acabar en la barriga de los caníbales de Shulan-Yator...

Los puños de Shasta se crisparon, mientras las risas sonaban a su alrededor. Lo mejor era, se dijo, evitar la pendencia. Giró de nuevo y se dispuso a continuar su camino, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido entrar en el local, pero, de pronto, una mano se posó violentamente sobre su hombro derecho y le hizo voltear nuevamente.

En el mismo instante, un puño como un saco de patatas buscó su mandíbula. Shasta apenas si tuvo tiempo de esquivar el golpe. Pero su furia creció repentinamente y explotó con un perverso rodillazo a la entrepierna del barbudo, quien se desplomó, aullando como un cerdo en el degolladero.

Egan se levantó vivamente, aunque se contuvo en el acto, al ver la resuelta actuación de Shasta. Las dos prostitutas habían dejado de reír.

Un hombre corrió hacia Shasta.

—Mike, no quiero jaleos en mi local —exclamó agriamente.

—Yo no he empezado —contestó el joven con frialdad. Entornó los ojos—. Sería curioso averiguar por qué ese hombre partió hoy con una expedición de colonos y ya está de vuelta en la Tierra, ¿no crees?

El dueño del Todo se encogió de hombros.

—Eso no es cuenta mía —repuso—. Anda, ve a la barra y tómate una copa por cuenta de la casa.

—Gracias, Tony.

Shasta se alejó. Sentado en el suelo, con las manos entre las piernas, Rustler le miró furiosamente.

—Cuando te pille...

Una hermosa joven, de senos redondos y firmes, puso delante de Shasta una copa. —Hola, Mike —saludó.

—¿Qué tal, Anita? —sonrió Shasta.

—Ya ves, trabajando...

—Eso es algo que yo no puedo decir preciosa. —Shasta levantó su copa—. A tu salud.

—Gracias, Mike. Te has peleado con Rustler.

—No he sido yo el que empezó la pendencia. Pero, créeme, de haber sabido que él estaba aquí, yo no hubiera asomado la nariz siquiera.

Anita se apoyó en el mostrador, con gesto deliberadamente incitante.

—¿Ni siquiera por mí? —preguntó.

Shasta contempló unos instantes el atractivo escote de la joven. Le gustaba Anita, porque era una mujer que solía ir a contracorriente. Mientras la mayoría iban desnudas de cintura para arriba, ella cubría su hermoso pecho... lo que, a los ojos de Shasta, la hacía aún mucho más atractiva.

—Bien, si te pones en ese plan...

Anita le guiñó un ojo.

—Termino dentro de media hora —dijo. Shasta la miró sonriendo. Ella añadió:

—A menos que quieras buscar otras diversiones...

—No me gusta variar. Esperaré treinta minutos.

—Te aseguro que no lo lamentarás. Ahora, dispénsame; tengo que continuar sirviendo.

Tony Lubbini se acercó al joven.

—He oído lo que decías a Rustler —murmuró.

—Lo vi por televisión. Partió hoy con una expedición, la denominada Barez..., pero no tendría que haber vuelto tan pronto.

—Algunos guías regresan en el mismo día, Mike.

—Son los que no tienen conciencia de la profesión.

El deber de un buen guía es quedarse con los colonos, hasta ver que se han instalado adecuadamente y comprobar que ya no tendrán

problemas en un planeta extraño.

—A veces, depende del contrato... y de la cantidad pagada...

—Rustler no es barato. Lo menos habrá cobrado ciento cincuenta o doscientos créditos por unidad colonizadora, es decir, por cada familia. Y he oído decir que la expedición Barez estaba compuesta por más de doscientas unidades.

—Siendo así, ha tenido que percibir alrededor de treinta mil créditos, lo cual explicaría su euforia de esta noche —dijo Lubbini.

Shasta hizo una mueca.

—Pero no explica por qué haya tenido que abandonar la expedición apenas llegada a su destino. Para eso, tanto daría que los colonos viajasen por su cuenta, sin guía.

—¿Piensas que puede haber algo sucio?

—Rustler no ha sido limpio jamás, Tony.

El dueño del Todo hizo un gesto de aquiescencia. —Al menos, aquí paga y da buenas propinas —sonrió.

—Puede hacerla, con el dinero de otros —respondió Shasta cáusticamente.

—Eso ya no es de mi incumbencia, Mike —se despidió Lubbini.

Unos minutos más tarde, Shasta se encaminó hacia la puerta. Anita salía ya y se colgó de su brazo.

—Tenía ganas de estar contigo un rato —dijo la joven, con ojos húmedos.

—No me halagues, preciosa.

—Es la verdad —suspiró Anita.

Detrás de la pareja, se oyó una burlona carcajada:

—¡Cuidado, guapa, no vayas a acabar servida asada en una fuente y con una manzana en la boca!

Shasta se encolerizó al oír aquella alusión a la desdichada expedición a Shulan-Yator, pero Anita, poco deseosa de pendencias, tiró de su

brazo con fuerza y consiguió remolcar al joven hasta la calle.

—Ese gigante asqueroso daría media vida para poder tener lo que tú tendrás esta noche —dijo ardientemente, pero también con ánimo de levantar el que sabía decaído ánimo de su acompañante.

* * *

Dormía boca abajo, con la almohada sobre la cabeza, cuando, de repente, llegó a su nariz un delicioso olor a huevos con jamón. Shasta se volvió de costado y aspiró el aire con fuerza.

—¡Anita! —llamó—. Eso que llega hasta mi pituitaria, ¿es de sobre o natural?

Una alegre risa femenina sonó en la cocina.

—Nada de platos deshidratados —contestó la joven—.

Los huevos y el jamón son auténticos.

—Te habrán costado una fortuna...

—Anda al baño y no te entretengas demasiado.

Shasta miró su reloj.

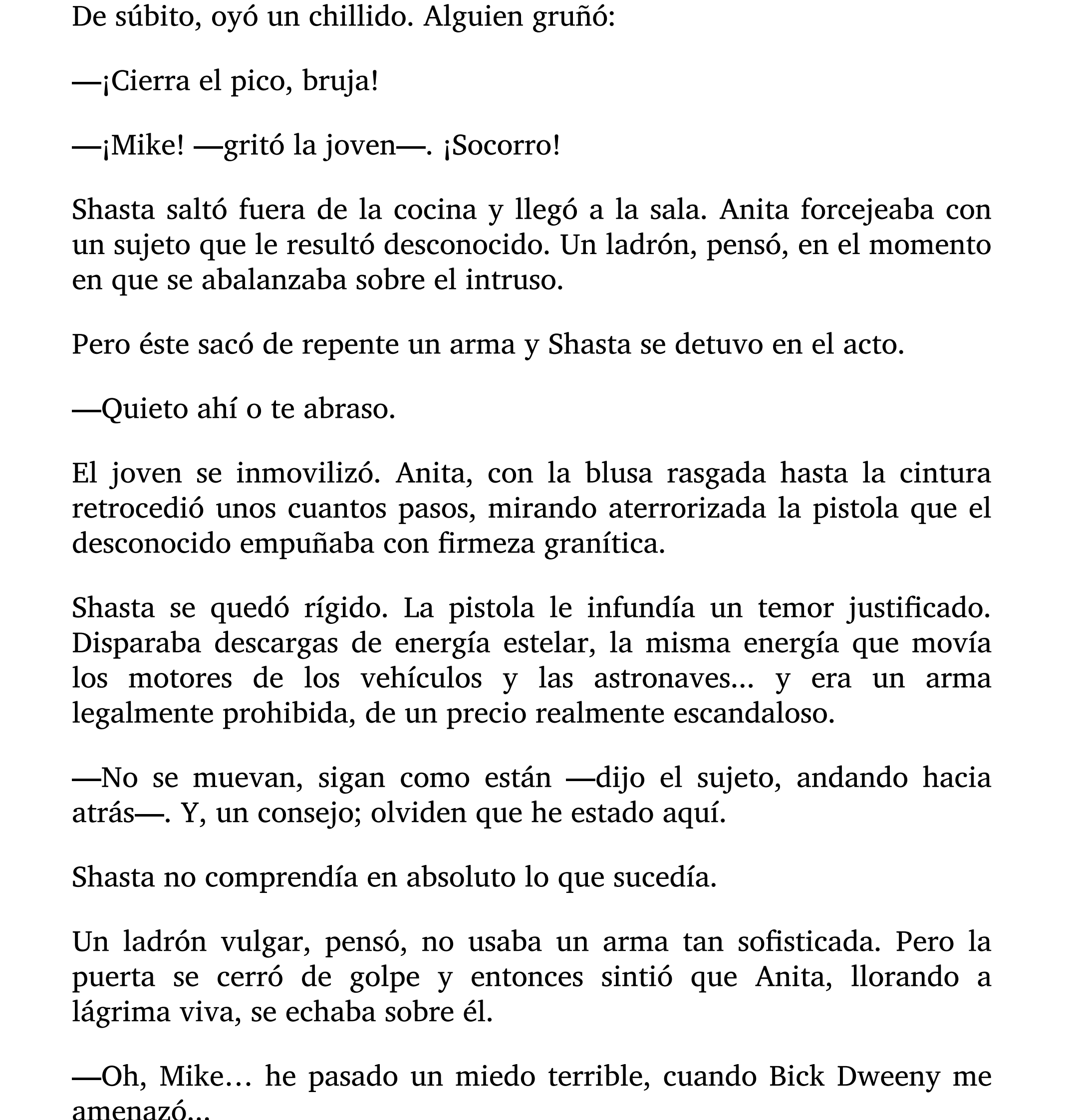
—Caramba, sí que he dormido —se dijo, al darse cuenta de lo avanzado de la hora.

Minutos más tarde, despachaba el desayuno con el apetito de un lobo. Anita le contemplaba enternecida. Realmente, su huésped era todo un hombre, pensó, mientras emitía un suspiro mental, evocando los placenteros momentos de la noche pasada.

Al terminar, Shasta se palmeó el estómago. —Me gustaría hacerte un regalo...

—Ya me lo has hecho —sonrió ella. Y, de repente, llamaron a la puerta—. Dispénsame, Mike.

Anita abandonó la cocina. Shasta se dispuso a encender un cigarrillo.



De súbito, oyó un chillido. Alguien gruñó:

—¡Cierra el pico, bruja!

—¡Mike! —gritó la joven—. ¡Socorro!

Shasta saltó fuera de la cocina y llegó a la sala. Anita forcejeaba con un sujeto que le resultó desconocido. Un ladrón, pensó, en el momento en que se abalanzaba sobre el intruso.

Pero éste sacó de repente un arma y Shasta se detuvo en el acto.

—Quieto ahí o te abraso.

El joven se inmovilizó. Anita, con la blusa rasgada hasta la cintura retrocedió unos cuantos pasos, mirando aterrorizada la pistola que el desconocido empuñaba con firmeza granítica.

Shasta se quedó rígido. La pistola le infundía un temor justificado. Disparaba descargas de energía estelar, la misma energía que movía los motores de los vehículos y las astronaves… y era un arma legalmente prohibida, de un precio realmente escandaloso.

—No se muevan, sigan como están —dijo el sujeto, andando hacia atrás—. Y, un consejo; olviden que he estado aquí.

Shasta no comprendía en absoluto lo que sucedía.

Un ladrón vulgar, pensó, no usaba un arma tan sofisticada. Pero la puerta se cerró de golpe y entonces sintió que Anita, llorando a lágrima viva, se echaba sobre él.

—Oh, Mike… he pasado un miedo terrible, cuando Bick Dweeny me amenazó…

—¿Lo conoces? —se sorprendió él.

—Sé su nombre y le he visto algunas veces en el Todo, pero nunca me imaginé que fuese capaz de una cosa semejante…

—Quiso robarte, ¿eh?

—No —contestó Anita, con los ojos muy abiertos—.

Dijo sólo que quería, saber qué me habías dicho tú…

—¿Yo? —respingó el joven—. ¿De qué?

—Pues eso es lo que me gustaría saber. No le diste tiempo a seguir hablando. Me tenía cogida por el cuello con la mano izquierda y con la otra me puso la pistola bajo la nariz... Yo chillé y tú acudiste en seguida. Eso es todo, Mike.

Shasta frunció el ceño. En verdad, se dijo, era un asalto inexplicable, porque él no tenía nada que contar a la joven.

—Quizá era una equivocación —apuntó.

—No. Bick mencionó tu nombre claramente —contradijo Anita con firme acento.

Shasta hizo un movimiento con la cabeza.

—Investigaré —prometió.

Sí, era un asalto muy raro, se dijo, mientras regresaba a su oficina, pensando en la conveniencia de devolver su licencia de guía estelar. Nadie le contrataba ya y la ley le obligaba a permanecer al menos dos horas diarias en su oficina. Y si nadie le contrataba, ¿para qué seguir en la profesión?

Aquella tarde, para distraerse un rato, encendió el televisor. Media hora después, se emitió una noticia sorprendente:

—La expedición Barez ha desaparecido. Se supone que un error de cálculo en la ETI 5 ha interferido el funcionamiento de la puerta estelar…

Shasta sintió pena de los colonos al escachar la noticia. ¿A qué desconocido mundo habrían sido enviados? Tal vez, al ser proyectados al espacio, sus cuerpos no habían podido integrarse nuevamente, al no hallar la puerta de recepción, y, convertidos en partículas infinitesimales, se mezclarían con el polvillo cósmico para siempre jamás, pensó tristemente.

* * *

Los miembros de la expedición Barez, sin más que lo puesto, estaban confinados en un espacio de forma rectangular, rodeado por una alta empalizada que, por las noches, se electrificaba, a fin de evitar

posibles fugas. Se habían construido numerosas cabañas, pero nadie podía abandonar el recinto, férreamente vigilado por los guardias de la reina gobernadora Sphasina. La desolación primitiva había dejado paso al desánimo y al descontento, sentimientos que crecían día a día entre los cautivos.

Barez y Trynne, los más sensatos, procuraban infundir calma a sus compañeros de cautiverio.

—Tarde o temprano se conocerá la noticia y vendrán a rescatarnos —decían continuamente.

Pero el hecho era que transcurrían las semanas y su situación no daba señales de mejorar. Al fin, Barez decidió intentar una entrevista con Sphasina.

Le costó dos semanas de continuas súplicas, pero, al fin, y cuando ya desesperaba de que sus peticiones fueran atendidas, un día recibió aviso de que Sphasina estaba dispuesta a concederle una audiencia.

María Barez despidió a su esposo con lágrimas en los ojos.

—Sobre todo, procura no irritar a esa mujer —aconsejó—. He oído decir que es cruel y perversa y que, para ella, la vida humana, carece de importancia. Ten cuidado, piensa en mí y en nuestro hijo.

Barez besó tiernamente a su mujer.

—No pases pena por mí —se despidió.

CAPÍTULO III

Barez hizo una profunda reverencia y luego fijó la vista en la hermosa mujer ante la que se hallaba. Barez estaba sorprendido, porque había esperado llegar a una lujosa residencia, con todo género de refinamientos, y en lugar de ello se encontraba en una modesta estancia, aunque de grandes dimensiones, en la que la luz exterior penetraba a través de varios espaciosos ventanales abiertos en el grueso muro del edificio.

Sphasina estaba sentada sobre un gran banco de piedra, forrado de

pieles. Ella vestía una simple túnica de tela blanca, muy gruesa y cálida, lo que no era suficiente a ocultar las espléndidas formas de un cuerpo estallante de juventud. En torno a su frente se veía una estrecha cinta dorada, insignia de su rango.

Dos jóvenes, ataviadas con rojas corazas y con los bastones de energía estelar, hacían guardia en los extremos de la sala. A través de uno de los ventanales, Barez pudo divisar los chorros de agua de un surtidor situado en el centro del frondoso jardín que rodeaba la residencia real.

—He oído decir que eres el jefe de la expedición —habló Sphasina lentamente—. ¿Qué quieres de mí, terrestre?

—Libertad para mí y los míos, señora —contestó Barez llanamente.

—Lo siento; me pides lo único que no puedo concederte. En Krootil nos regimos por unas leyes muy estrictas y, créeme, no las he dictado yo. Pero las hago respetar, ¿entiendes?

—Señora, nos trajeron equivocados...

—Eso no es culpa mía —atajó Sphasina con frialdad—. La sentencia fue dictada en el momento de la captura: decomiso de vehículos y equipos y pago de dos mil créditos, moneda terrestre, por cada unidad de colonización, como decís vosotros.

Barez se aterró.

—Pero, señora, ninguno disponemos de semejante suma. Todos consumimos nuestros ahorros en la expedición...

—Repito que es vuestro problema y no el mío. Quedareis libres cuando hayáis pagado las multas.

—No tenemos medio de comunicarnos con la Tierra, eso en el supuesto de que pudiéramos pagar —objetó Barez.

Sphasina sonrió de un modo extraño.

—Pronto se enterarán allí de lo que sucede —contestó. Movió la mano blandamente—. Vete, la audiencia ha terminado.

Barez se dio cuenta de que toda insistencia sería inútil. Se estremeció al pensar en la reacción de sus compañeros de cautiverio cuando les diera a conocer la decisión de Sphasina.

En el campamento, efectivamente, se produjo un gran tumulto.

Algunos, furiosos, quisieron atacar a las centinelas, pero los bastones de energía estelar contuvieron rápida y eficazmente el conato de sublevación, con sus descargas a los pies de los más belicosos. Luego, pasada la excitación del momento, vino la depresión general.

Barez se daba cuenta claramente de que Rustler les había engañado, aunque no comprendía en modo alguno, los motivos de su traición. Sí, había cobrado unos treinta mil créditos, pero, aun siendo una suma respetable, no era una fortuna que le recompensara adecuadamente del engaño que, tarde o temprano, debería descubrirse. ¿Por qué lo había hecho?, se preguntaba una y otra vez, sin lograr hallar la respuesta adecuada.

* * *

Los ojos de Anita, la *barmaid*, contemplaron con asombro el delgado fajo de billetes que el desconocido había puesto sobre el mostrador. Así, a primera vista, había veinte billetes de cien créditos cada uno, calculó.

—¿Por qué me das ese dinero? —preguntó la joven.

—Tú eres buena amiga de Mike Shasta —dijo el sujeto.

—Hombre…

—Tendrás otro tanto, cuando me traigas una información sobre lo que hizo Shasta en Krootil.

—Yo no sé nada…

—Por eso le doy el dinero —sonrió el desconocido—. Mi amigo Bick Dweeny se portó el otro día un tanto bruscamente. Discúlpale, ¿quieres?

Anita dudó unos momentos. Lo que le proponía aquel hombre le parecía algo muy poco limpio, pero, de pronto, pensó que antes de hacer nada, debía consultarlo con el propio Mike.

—Está bien. —Los billetes desaparecieron en su amplio y atractivo escote—. ¿Cuándo te veré?

—La semana próxima —se despidió el sujeto.

Anita tardó dos días en poder entrevistarse con Shasta. Entonces se lo contó todo.

—De modo que quieren que les diga lo que me pasó en Krootil.

—Así es, y, por cierto, yo también siento curiosidad…

—Nena, siento defraudarte, pero no quiero comentar con nadie lo que ocurrió allí. Lo único que puedo decirte es que tengo prohibida la vuelta a ese planeta, bajo pena de muerte.

—¡Rayos! —se pasmó la joven.

—Ya lo has oído. Puedes decírselo así a ese tipo…. ¿cómo se llama?

—No dio su nombre. Pero le miraba a los ojos y me entraban escalofríos.

—¿Dijo cuándo volvería por el Todo?

—La semana próxima, aunque no citó fecha alguna.

Shasta se rascó la mejilla con el pulgar.

—Quiero estar presente cuando acuda —dijo—. Hazme una seña disimulada, ¿entiendes?

—Esto no me gusta, Mike —se quejó Anita.

—No te pasará nada —aseguró él enfáticamente.

De modo que querían saber lo que le había pasado en Krootil, pensó, mientras regresaba a su casa. Resultaba extraño, al cabo de cuatro largos años de un viaje, que había terminado con la fulminante expulsión del planeta y la prohibición de volver, bajo pena de muerte.

Al acostarse, evocó los agradables momentos pasados en Krootil. ¿No habría actuado de una forma equivocada?, se preguntó.

El sueño vino a librarle de sus preocupaciones y acabó por dormirse profundamente.

* * *

Los días transcurrían con infinita lentitud para los cautivos, quienes no veían solución para su amarga situación. Sphasina se mostraba inflexible: les alimentaba y enviaba médicos y medicinas para los que enfermaban, pero no permitía absolutamente la menor relajación en la disciplina impuesta en el cautiverio.

Barez lo había comentado en más de una ocasión con su amigo Harold Trynne. Parecía como si la reina sintiese una enemistad peculiar, personal, incluso, contra los terrestres. Pero ¿por qué iban a pagar ellos los pecados cometidos por otros?

De pronto, cierto día, vieron en las alturas una serie de chispazos metálicos. Minutos más tarde, la nave de patrulla había descendido lo suficiente para que los prisioneros pudieran ver los emblemas terrestres que lucían en los costados del aparato.

Los gritos de alegría brotaron de todas las gargantas.

Cientos de manos se elevaron a las alturas. Asomados a las lucernas de la nave, media docena de patrulleras terrestres contemplaban con enorme asombro aquel insólito espectáculo.

Pero, de súbito, las guardias empezaron a lanzar descargas de energía.

Dos de los patrulleros murieron instantáneamente.

El comandante de la nave, visto el cariz que tomaban las cosas, se alejó a toda velocidad.

Pero había tenido tiempo suficiente para enterarse del nombre de la expedición cautiva.

Y cuando llegó al lugar conveniente, envió un despacho, con un informe sobre el incidente con las guardias krootilianas.

* * *

Fred Rustler se sentía muy satisfecho de la vida. Había cobrado treinta y dos mil quinientos créditos a los componentes de la expedición Barez, y alguien le había pagado veinticinco mil más. Ahora, pensaba, podía vivir un año sin trabajar, a lo grande, dándose todos los caprichos que le antojaran y sin tener que aguantar impertinencias ni malos modos de los colonos que querían buscar buenas tierras donde establecerse. Sí, la vida era bella, pensaba, al salir aquel día de su casa, ignorando que aquella vida era muy corta.

El hombre que llamó su atención se hallaba en el interior de un aeromóvil. Rustler volvió la cabeza y entonces vio la negra boca de la pistola de energía.

Empezó a gritar, pero el fogonazo de la descarga congeló su voz en la garganta. Durante una fracción de segundo, tuvo tiempo de pensar en la traición de que había sido objeto, pero la negra noche de la inconsciencia cayó sobre él definitivamente y ya no pudo ver el vehículo que se alejaba a toda velocidad.

* * *

La noticia dejó estupefacto a Shasta.

Los componentes de la expedición Barez habían sido hallados vivos, pero prisioneros en Krootil. Las guardias de la reina gobernadora Sphasina habían atacado a una nave terrestre, que realizaba una patrulla de rutina, matando a dos de los agentes. El locutor de la televisión hacía resaltar la indignación que el hecho había producido entre los círculos gubernamentales del gobierno planetario. Había quien, incluso, pedía una expedición punitiva contra quienes retenían prisioneros a un millar de ciudadanos terrestres.

Ahora, Shasta empezaba a comprender algunas cosas que habían permanecido en la oscuridad hasta entonces, y lo peor era, se dijo, que la situación se iba deteriorando rápidamente.

Luego oyó otra noticia. Un guía estelar, Fred Rustler, había sido asesinado por un desconocido que había conseguido darse a la fuga. El caso tomaba una nueva dimensión, se dijo.

Poco más tarde, estaba en el Todo. Buscó una mesa y se sentó a esperar.

Al cabo de una hora, Anita le hizo un guiño disimulado. Shasta procuró mantenerse impasible. Sí, conocía al hombre.

Epsom Burr debía tener poderosos motivos para querer saber lo que había hecho en Krootil. «Bien, le daré gusto», pensó.

Al cabo de unos minutos, Burr abandonó el local.

Shasta le siguió disimuladamente. Anita le vio marchar con muchas aprensiones. Aquello le gustaba cada vez menos.

Burr entró en su aeromóvil, estacionado a poca distancia del local. Antes de que pudiera advertir nada, un hombre se sentó a su lado. La mano de Shasta, como una zarpa de acero, se cerró en torno a su muñeca.

—Hola, Epsom —saludó el joven alegremente—. Hace tiempo que no nos vemos, ¿verdad?

Burr intentó forcejear, pero Shasta mantuvo férreamente la presión de sus dedos.

—Insiste y te quebraré los huesos del antebrazo como si fuesen de caña seca —dijo—. Por favor…

La pistola de energía pasó a su poder segundos más tarde. Shasta apoyó la boca del arma en el costado derecho del sujeto.

—Vuela en línea recta, Epsom —ordenó.

El aeromóvil ascendió rápidamente. Al cabo de unos segundos, Epsom se decidió a hablar:

—No te molestes, no pienso decirte nada, Mike. Shasta se echó a reír. De pronto, pasó el brazo izquierdo por detrás de los hombros de Burr y presionó el mando de apertura de la portezuela de aquel lado, que se deslizó instantáneamente hacía la popa. Un segundo después, aquella misma mano se apoyaba en el cuello del sujeto.

—Estamos a unos trescientos metros de altura —dijo el joven—. Si no hablas, te lanzaré al vacío.

Burr miró agónicamente al suelo que se deslizaba rápidamente bajo el aparato. Shasta era mucho más fuerte que él y no tenía la menor posibilidad de evitar el lanzamiento.

—Hablaré —dijo.

—Muy bien, empieza.

Quince minutos después, Shasta hizo que el aeromóvil descendiese hasta situarse a cinco o seis metros de la superficie de un lago de quietas aguas. Hizo presión con la mano izquierda y Burr salió despedido, volteando aparatosamente antes de hundirse en el agua, con gran alboroto de espumas.

A continuación, Shasta tomó los mandos y orientó el aeromóvil en determinada dirección. Alguien, pensó, se iba a llevar una monumental sorpresa ante una visita ciertamente no esperada.

CAPÍTULO IV

Marcus Hallan destapo la botella y vertió parte de su contenido en dos copas de vidrio tallado. La hermosa mujer que tenía a su lado, en el suntuoso jardín de su residencia, contempló con ojos brillantes de deseo la gallarda figura de su anfitrión. Hallan tenía unos cuarenta

años, pero su apostura varonil era difícilmente superable. Aún más difícil de superar era su fortuna. Había quienes decían que, en la Tierra, el gobierno era Hallan.

Sin duda, se trataba de exageraciones, pero lo que no se podía discutir eran las altísimas influencias de que Hallan disfrutaba en los círculos gubernamentales más encumbrados. Y, aunque no se decía ni siquiera en voz baja, se sabía que varios ministros situados en los puntos claves, figuraban en sus nóminas secretas, amén de una nube de funcionarios de menor categoría que, prácticamente, eran los esclavos de Hallan.

A los cuarenta años recién cumplidos, Hallan se había convertido en una potencia invisible, aunque no por ello menos eficaz. A Hallan, sin embargo, no le gustaba el brillo de la publicidad, al menos, la política, y prefería actuar en las sombras, salvo cuando se trataba de los negocios perfectamente lícitos o de las fundaciones benéficas de que era protector principal. Claro que lo que daba con una mano, lo recogía con la otra, multiplicado infinidad de veces, pero esto era algo que nunca salía a la superficie. La imagen que el gran público tenía de Hallan era de un prominente personaje de negocios, amable y simpático, audaz y enérgico y, por su puesto, con gran éxito entre las mujeres. Las cosas turbias eran conocidas de muy pocos.

La residencia de Hallan, enorme, rodeada por un extensísimo parque, se hallaba situada a decenas de kilómetros de la capital mundial. Naturalmente, Hallan tenía su propio cuerpo de escolta, cuyos componentes vigilaban la posesión celosamente, cuidando de que nadie previamente llamado pudiera entrar en el recinto. Incluso, sobre una torre de la casa, había un puesto de artillería antiaérea, con tres hombres constantemente dispuestos para destrozar a cualquier aeromóvil que se acercase con intenciones hostiles.

La mujer que era huésped de Hallan estaba sentada sobre una tumbona oscilante, una especie de columpio, sostenido por cadenas que pendían de un travesaño metálico situado a cuatro metros de altura y provisto de una ancha sombrilla de tela, de rayas multicolores. No lejos estaba la gran piscina, con una monumental fuente en uno de sus lados, de chorros continuamente cambiantes y que, además de servir de ornamento y regalo para la vista, renovaba continuamente el agua del gigantesco recipiente.

Cuando Hallan entregaba la copa a su invitada, un aeromóvil descendía de las alturas lentamente hacia la vecina explanada. El jefe de los guardias, Serk Waydin, corrió hacia Hallan.

—Señor, vuelve Burr —informó.

Hallan se irguió, separando con no poco pesar su vista del sugestivo escote de su invitada. Lanzó una mirada al aeromóvil que se disponía a tomar tierra en la explanada contigua y luego movió la mano.

—Serk, acompañe a la señorita a la casa —ordenó—. Flora, lo siento, pero debes dejarme solo unos momentos.

—Muy bien —accedió la mujer. Sabiendo lo que le podía reportar su estancia en la residencia de Hallan, lo más conveniente era no intentar siquiera un mínimo de discusión con su anfitrión.

El aeromóvil se posó en el suelo. La portezuela se abrió y un hombre saltó al suelo, a treinta metros de distancia de Hallan, cuyo rostro se contrajo súbitamente por una ráfaga de ira.

—Pero ¿qué diablos...?

Shasta saltó por encima del seto que separaba ambas secciones del parque y se acercó al dueño de la mansión.

—Hola, Mark —saludó jovialmente—. Seguro que no me esperabas, ¿verdad?

Hallan procuró recobrar su compostura, aunque sin mostrar alegría por la llegada de un hombre a quien conocía muy bien.

—¿Dónde está Burr? —preguntó.

Shasta se apoderó de la copa que la joven no había tenido tiempo de tomarse.

—Espero que sepa nadar bien —contestó—. Lo dejé a mil quinientos metros de la orilla, en el Circle Lake. ¿Tanto te interesan mis andanzas, que has derrochado cuatro mil créditos en una buena amiga mía?

—De modo que esa furcia habló...

—No habló apenas, porque yo no le conté nada, salvo que había estado en Krootil y que tengo prohibida la vuelta a aquel planeta, bajo pena de muerte. Pero empiezo a adivinar por qué querías que yo le contase a esa mujer mis aventuras en aquel lejano mundo.

—Escucha, tengo planes... únete a mí y no lo lamentarás, te lo aseguro —suplicó Hallan—. Por el amor de Dios, no interfieras mis planes; es

el mejor negocio de toda mi vida, realmente fabuloso...

Shasta le miró despreciativamente.

—¿Incluye ese negocio el cautiverio de mil personas de ambos sexos, contando los niños de pecho? ¿Incluye también la alteración realizada en una puerta espacial, contra todas las leyes habidas y por haber? ¿Incluye igualmente ese negocio la posibilidad de una expedición punitiva contra Krootil?

—No habrá víctimas, te lo aseguro...

—En Krootil se han producido ya muertes entre los expedicionarios, sin contar con la de Rustler. ¿Qué te pasó con ese sujeto? ¿Acaso pedía más dinero por mantener cerrado el pico?

Hallan se puso rígido.

—Mike, dame una respuesta. ¿Estás conmigo o contra mí? —preguntó secamente.

—Hice que Burr hablase. No sabía demasiado, pero si lo suficiente para poder darme una idea de lo que persiguen tus propósitos. —Shasta apuntó con el índice a su interlocutor—. Puedes creerme, Hallan; yo he perdonado lo que me hiciste en cierta ocasión, cuando me contrataste como guía para la expedición a Shulan-Yator..., pero esto no puedo perdonártelo. No, en mis días, te lo aseguro.

—¿Qué harás? —se burló Hallan—. ¿Matarme? No saldrías vivo...

—Haré lo que debo, Mark.

—Ir a Krootil y prevenir a Sphasina de lo que planeo, ¿verdad? Cometerías una locura, metiéndote en la boca del loco, y tú no eres tonto. Mira, Mike, dejemos a un lado pasadas rencillas...

—Es inútil, Mark. Ya conozco tus propósitos y tú conoces los míos. Pero puedo asegurarte que no lograrás lo que te propones.

Hallan se encogió de hombros.

—Eres un tipo fracasado, un sujeto al cual nadie quiere contratar ya como guía para una expedición colonizadora. Tus amenazas me dejan frío —declaró ofensivamente.

—Quizá no tardes mucho en sentir calor, Mark.

De pronto, Shasta vio en cierto brillo de la mirada de su interlocutor lo que iba a pasar.

Inesperadamente, saltó hacia arriba y se agarró con ambas manos a la barra de la que pendía el columpio. Con el mismo gesto, disparó sus pies hacia atrás y sintió un infinito placer al notar que había conseguido un doble impacto en la cara del hombre que se le había acercado sigilosamente por retaguardia.

Waydin cayó de espaldas, mugiendo como un toro herido, a la vez que espurreaba sangre por los labios machacados. La pistola que empuñaba cayó sobre las losas de mármol artificial y resbaló un par de metros, alejándose de la mano de su dueño.

Todavía suspendido de la barra, Shasta, ejecutando un movimiento de péndulo, actuó de la misma manera, pero en sentido opuesto. Sus pies, esta vez golpearon el pecho de Hallan, lanzándolo hacia atrás con indescriptible violencia.

Hallan retrocedió a la carrera y acabó saltando a la piscina, en cuyas aguas se hundió con enorme chapoteo de espumas. Shasta comprendió que su estancia allí había terminado ya y corrió hacia el aeromóvil.

Waydin había conseguido incorporarse. Cuando el aeromóvil despegaba del suelo, ladró una orden a los artilleros de la torre antiaérea:

—¡Disparad contra él!

La pieza, un cañón múltiple de tubos giratorios de 30 mm de calibre, que disparaba granadas-cohete, empezó a girar sobre su afuste, mientras los sirvientes se afanaban para ponerla en situación de disparo. Pero su reacción fue tardía.

El aeromóvil pasó rozando las bocas múltiples del cañón, obligando a sus sirvientes a tirarse al suelo, para evitar ser arrollados por aquella máquina que, en pocos instantes, había adquirido una alucinante velocidad. Cuando quisieron reaccionar, Shasta había franqueado ya las tapias que circundaban la posesión. Luego, el joven voló a ras de suelo, con lo que anulaba así la eficacia de la pieza antiaérea. Se alejó satisfecho de su victoria, pero fue una alegría que le duró muy poco.

Ahora ya conocía los planes de Hallan y, dado que sabía también cuál era su potencia en todos los sentidos, era fácil imaginarse cuál iba a ser su reacción. Porque no sólo le había humillado públicamente, sino que había llegado a averiguar sus planes. Y no consentiría que se los

estropease.

* * *

Aquella misma noche, Hallan celebró una conferencia con Waydin y Burr.

—Ya sabemos lo que deseábamos —dijo el primero—. Shasta no irá a Krootil.

—Yo no he conseguido averiguar nada —manifestó Burr.

Hallan sonrió satisfecho.

—Se ha portado como un chiquillo de pocos años —respondió—. El mismo ha venido a decirme lo que más me interesaba: no puede volver a Krootil.

—Oh —murmuró Burr.

—De modo que era eso —dijo Waydin.

—Sí, pero, no obstante, conviene que le tengan vigilado todos los momentos del día. A pesar de todo, no me fío.

—Yo me encargaré de la tarea, señor Hallan —dijo Burr.

—No quiero que le toquen un solo cabello; simplemente, deseo estar informado del menor de sus pasos, ¿entendido?

Un hombre entró en aquel momento. Era Wang Koo, secretario privado de Hallan y su mano derecha en la mayoría de los asuntos que no debían ser conocidos por el público.

—Señor, el ministro Ocklebee ha telefoneado. Está de acuerdo con sus planes —informó.

Hallan lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Magnífico...! —exclamó—. Muchachos, consideren que hemos ganado ya a Krootil. —Pero en su interior, pensó: «Lo he ganado yo y será para mí exclusivamente».

La reunión duró todavía algunos minutos, discutiéndose algunos asuntos de interés secundario. Hallan se levantó el primero.

—Disculpen, amigos —sonrió—; ahora tengo que ocuparme de otra cosa de cierta importancia.

Los otros sonrieron también. La cosa de cierta "importancia», era rubia y tenía un cuerpo espléndido.

La rubia se hallaba en la estancia contigua, con la oreja pegada a la puerta. Cuando oyó las palabras de Hallan, se separó rápidamente de su puesto de escucha y corrió hacia una consola cercana, para simular se hallaba muy ocupada arreglando unas flores en un jarrón.

Hallan abrió la puerta.

—Al fin he terminado —exclamó—. Me disculpas, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió la joven con la mejor de sus sonrisas.

* * *

—He estado revisando el Anuario de Espacionaves.

—No me vengas con excusas, Johnny Harris —dijo Shasta a través de la pantalla—. Tienes la *Felicidad* en perfectas condiciones, pero no hay quien te la alquile porque ya nadie quiere viajar en las naves tipo *Eridanus-5*, y tampoco te atreves a desguazarla, porque aún vale un buen pico. En resumidas cuentas, estás pagando estadías en el astropuerto, lo cual es un gasto que no tiene la correspondencia de los ingresos adecuados.

—Pero, Mike —se lamentó el hombre que hablaba con Shasta—, lo que tú me ofreces es una ridiculez. Precisamente acabo de revisarla y repostarla de todo lo necesario, salvo víveres y equipo privado y con lo que quieres pagarme apenas si cubro gastos.

—Tendrías que haberlos hecho de todos modos, salvo que hubieras dado orden de llevar la *Felicidad* a los astilleros de desguace. Está bien, subo la cifra en un veinte por ciento, pero no ofreceré una milésima de crédito más. Aún tengo algunas propiedades que podría vender, para contratar una nave mejor... pero prefiero que sea la tuya.

¿De acuerdo?

Harris emitió un juramento, pero acabó por ceder.

—De acuerdo, con la condición de que tú abonarás los aranceles de los permisos de embarque y demás.

—Te los abonaré a ti. Quiero que la nave sea alquilada a nombre de Terry Wales.

Harris respingó.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No te preocupes. Terry Wales es el hombre que te alquila la *Felicidad* y así deberás hacerla constar en la oficina correspondiente. Ahora mismo te envío un cheque por la mitad de lo acordado; cuando vaya a zarpar, entregaré el resto. ¿Entendido? .

—El seguro... —empezó a decir Harris, pero la imagen de Shasta se borró súbitamente de la pantalla y la comunicación se cortó—. ¡Maldito loco...! —gruñó—. ¿Adónde diablos piensa ir con ese cascajo, en el que no me embarcaría yo ni para atravesar el Atlántico?

Pero Shasta no se lo había dicho.

CAPÍTULO V

Apenas hubo terminado la conversación con su amigo, Shasta se sentó ante su mesa de trabajo y llenó un cheque. Luego llamó a su banco y el cheque fue fotografiado, para que su importe fuese abonado instantáneamente en la cuenta de Harris. Más tarde, el documento sería enviado por correo, pero, de momento, Harris recibiría la noticia del ingreso y ello, pensó, le espolearía para tener la nave lista en un mínimo de tiempo para ser usada.

De pronto, llamaron a la puerta.

Shasta se levantó y abrió, con la pistola de Burr oculta bajo la holgada cazadora roja y anaranjada que vestía. Al abrir, se encontró con una hermosa joven, de largos y abundantes cabellos, que le sonreía

hechiceramente.

—¿Mike Shasta? —preguntó ella.

—Sí…

—Me llamo Myra Barez. Conozco un poco a Marcus Hallan. ¿Le suenan esos nombres señor Shasta?

El joven parpadeó.

—Me suenan —contestó. Y, echándose a un lado, movió la mano izquierda invitadoramente—. Pase usted, señorita Barez.

—Gracias, pero puede llamarrne Myra. —Ella avanzó unos cuantos pasos y fijó su vista en el rostro de Shasta—. Vengo de casa de Hallan, donde he pasado la noche y no precisamente jugando aI bridge, a milésimo de punto —añadió incisivamente.

—Hallan tiene la agradable costumbre de llevar mujeres hermosas a su casa —advirtió él con indiferencia—. ¿Qué le apetece beber, Myra?

—Café, gracias. Oiga, le veo muy tranquilo…

—Eso es por fuera. Por dentro, me devora la curiosidad de saber por qué está usted en la Tierra y no con su padre, en Krootil.

—Traiga el café, Mike.

Shasta fue a la cocina y volvió a poco con dos tazas llenas de agua muy caliente, en las que depositó sendas tabletas de café instantáneo. El lo tomaba puro, sin azúcar, pero Myra pidió un par de terrones.

—Me gustan las cosas dulces —sonrió.

—Cuide su cintura —avisó él. Y, retrepándose en un sillón, dijo—; Empiece a hablar, se lo ruego.

—Primero debe saber por qué no estoy en Krootil con mi padre. En la Tierra no se vive muy bien, debo admitirlo, pero no me gustan ciertos viajes, sobre todo, cuando espera la perspectiva de labrar la tierra, cortar leña, sembrar, segar el trigo y todas esas cosas que hacen los agricultores, incluyendo la cría y el cuidado de animales domésticos.

—Allá podrán comer buenas chuletas de cordero, legítimas, no sintetizadas o procedentes de pastillas deshidratadas.

—Eso no compensa las molestias que se sufren, Mike.

—Muchos aman ese género de vida. Por eso emigran.

—Sí, quieren volver a las fuentes de la vida —rió ella—. Pero otro de los motivos por los que no fui a Kroutil es debido al segundo matrimonio de mi padre. Sinceramente, nunca he congeniado con mi madrastra, a pesar de que reconozco que es una excelente mujer.

—Pero prefiere vivir a su aire.

—No me ha ido mal hasta ahora —contestó Myra, displicente—. Sin embargo, ante ciertos hechos, pienso que las diferencias familiares deben quedar en segundo término.

—Muy bien pensado —aplaudió Shasta—. Y ¿qué más?

—Yo estaba ayer cuando usted llegó como un huracán. Me divertí muchísimo, créame.

—Sí, para un espectador neutral, debió de resultar divertidísimo.

—Pero no estaba allí como admiradora de los varoniles encantos de Hallan. Sé que tiene mucho que ver con el fracaso de la expedición Barez. Y yo he conseguido algunos informes que pueden resultar interesantes, Mike.

Hubo un instante de silencio.

—Gracias por adelantado, Myra, pero, ¿qué pide a cambio?

—Usted piensa ir a Krootil.

—No sé nada...

—Vamos, vamos —rió la joven—. Hallan lo dijo bien claro y no se ocultó delante de mí. Es decir, lo que supone es que usted no irá, porque lo matarán si pone el pie en Krootil. Pero yo me figuré, después de lo que contó, que usted haría exactamente lo contrario: viajar a Krootil, desafiando todos los riesgos.

—Prefiero no contestar, Myra.

—Mi padre, mi madrastra y el hijo de ambos, es decir, mi hermano, están allí. Hoy, Hallan celebra una entrevista con el ministro Ocklebee. Pertenece a la línea dura del gabinete. ¿Lo sabía usted?

—Sí, conozco bien las tendencias de los ministros —dijo Shasta tensamente.

—Entonces, imagínese el tema de esa conferencia.

Y yo me imagino que usted, pese a todo, hará el máximo esfuerzo por frustrar los planes de esos cuervos. ¿Estoy en lo cierto?

Shasta miró fijamente a la joven. De pronto, se levantó y abandonó la sala, para volver a poco con un vaso de agua y una píldora.

Myra respingó:

—¿Qué es eso?

—Suelo ser un tipo desconfiado —respondió Shasta—. Si usted es sincera, esta píldora me lo hará saber antes de diez minutos.

—Va a someterme a sugestión...

—Un suave estado hipnótico, que no dejará secuelas en su organismo que me permitirá hacerle unas cuantas preguntas, seguro de que usted responderá con la verdad. Entonces, pensaré en la conveniencia o inconveniencia de llevarla en mi nave.

—Si no viajo con usted, no tomaré la píldora —dijo Myra firmemente.

Shasta suspiró:

—De acuerdo.

Ella emitió una alegre sonrisa.

—No me haga preguntas íntimas —rogó.

—Soy un hombre muy discreto —contestó él.

* * *

—Allí está el vigilante —indicó Myra dos días más tarde.

Shasta se situó junto a la ventana. Al otro lado de la calle había un hombre en actitud de aparente indiferencia hacia cuanto le rodeaba.

—Lo conozco —agregó Myra—. Le vi en casa de Hallan hace días.

—La *Felicidad* está lista —rezongó Shasta—. Si salimos ahora, ese tipo nos seguirá...

—¿Por qué no me dejas actuar a mí? Aguárdame en él astropuerto; llegaré en seguida. Pero no se te ocurra dejarme en tierra; Hallan lo sabría un minuto más tarde.

—Cumplo siempre mi palabra —dijo él de mal humor.

—Muy bien. Lleva mi maleta y... —Myra consultó su reloj—. ¿Tienes el aeromóvil en la terraza?

—Sí, claro...

—Despega dentro de cinco minutos, ni uno menos. Anda, muévete ya

Shasta agarró las dos maletas, la suya y la de la enérgica Myra, y se dirigió hacia la puerta. Ella le siguió un minuto más tarde. Momentos después, estaba en la calle. Cruzó al otro lado, caminando indolentemente, pasó junto al espía de Hallan. El hombre bizqueó al verla.

De repente, se encontró con un bolso en las manos.

Mvra empezó a chillar frenéticamente.

—¡Socorro! ¡Al ladrón! ¡Me han robado el bolso! ¡Socorro!

La gente se arremolinó en aquel lugar. Un par de policías acudieron inmediatamente. El espía protestó, jurando y perjurando que era ella la que le había puesto el bolso en la mano. Myra se le echó encima para arañarle, pero fue sujetada a tiempo por uno de los policías. El vigilante acabó en un aeromóvil de patrulla, mientras Myra, ladinamente, se escabullía entre la gente que se había aglomerado en el lugar del incidente.

Cuando llegó al astropuerto, vio a Shasta sentado en un jeep que llevaba a remolque un extraño artefacto, de forma cilíndrica y de unos quince metros de largo, por uno y medio de diámetro.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Unos operarios empezaron a sujetar el enorme cilindro bajo el vientre de la astronave, mediante unas abrazaderas que Shasta había hecho instalar la víspera. Mientras duró la operación, Shasta no pronunció

una sola palabra, excepto para indicar a la joven que le aguardase dentro de la astronave.

Media hora más tarde, Shasta se sentó ante los mandos.

—¿El espía? —preguntó.

—Fuera de combate —respondió ella. Y explicó lo que había hecho, aunque Shasta torció el gesto.

—Si tú le conocías, él te conocía también a ti —objetó.

—¡Naturalmente!

—Y Hallan se enterará ...

—Pero ya será tarde, Mike.

—A pesar de todo, conoce tu apellido...

—No. El cree que me llamo Flora Smith. ¿Cómo iba a decirle que me apellido Barez? Habría recelado de inmediato y no soy tan tonta. En cambio, tú, has alquilado esta nave y la documentación está a tu nombre.

—A nombre de Terry Wales.

—Y te habrá costado una fortuna.

—Hasta el último céntimo —contestó él.

Mvra soltó una risita.

—Pagar por la propia condena a muerte —se burló.

—Son formas de pensar —dijo Shasta con voz tensa.

La *Felicidad* había despegado ya. A unos mil kilómetros de la superficie del planeta, Shasta dijo:

—Cuando te lo indique, prepárate. Ese cilindro que has visto, es un tanque suplementario de combustible. La nave es antigua y bastante más lenta que las actuales, por lo que voy a hacer que alcance la velocidad de transición subespacial mucho antes de lo que le correspondería por sus motores. Al menos, para llegar antes que los hombres de Ocklebee y poner en guardia a Sphasina.

—Está bien.

Shasta observaba atentamente los instrumentos de a bordo. De repente, lanzó una exclamación:

—¡Ahora!

Su dedo índice se posó sobre un botón de color rojo.

En la tobera de escape del tanque suplementario se encendió una vivísima llama. La *Felicidad* fue proyectada hacia adelante, con fuerza indescriptible. Myra creyó padecer los mil tormentos del infierno, mientras duró aquel horrible período de aceleración. Cuando, de pronto, notó que su cuerpo dejaba de aplastarse contra el respaldo del asiento, pensó que volvía a la vida.

Unos minutos más tarde, las estrellas desaparecieron de golpe.

—¡Caramba, no se ve nada! —exclamó.

—Claro —sonrió Shasta, a la vez que se ponía en pie—. He puesto el piloto automático y así viajaremos hasta que llegue el momento de la vuelta al espacio normal. Cuando eso suceda, estaremos solamente a millón y medio de kilómetros de distancia.

—Pero no me has dicho por qué no vemos las estrellas —insistió Myra, con la vista fija en aquella claridad grisácea, que no parecía tener principio ni fin.

—Es bien sencillo: volamos más rápido que la luz.

—Oh…

—En la nave, el espacio es completamente normal. Pero, en un sentido casi literal, nosotros no existimos ahora.

Myra se pellizcó el muslo derecho.

—Pues yo me siento bien viva...

Luego dirigió al joven una penetrante mirada.

—Mike...

—¿Sí?

—¿Amas todavía a Sphasina?

El pecho de Shasta se dilató tempestuosamente.

—Al menos, la aprecio lo suficiente para tratar de impedir que Hallan lleve a cabo sus planes —respondió.

Ella hizo un gesto de asentimiento. La respuesta, pese a su contenido un tanto ambiguo, era lo suficiente explícita. Hallan se había equivocado al creer que Shasta no trataría de ayudar a la mujer que, cuatro años antes, le había condenado a muerte si osaba volver a poner los pies sobre el planeta.

Resultaría interesante presenciar el encuentro entre dos personas tan enamoradas y, sin embargo, tan distanciadas entre sí, pensó.

De repente, brillaron las estrellas.

Delante de la *Felicidad* se vio el disco azulplata de un planeta tipo Tierra. Myra palmoteó alegremente.

—Ya hemos llegado —exclamó—, Y en menos de una semana, como aseguraste.

—Esa es, por lo menos, la ventaja que hemos sacado a Hallan —manifestó él complacidamente, mientras se relajaba en su asiento. La transición del subespacio al espacio normal le hacía pasar unos minutos de tensión; Cosa que no sucedía en la operación inversa, que podía hacerse normalmente sin prisas y en cualquier momento. Pero al regresar al espacio habitual, debía alcanzar exactamente el punto deseado, con una diferencia que no podía ser superior a unos cientos de kilómetros ni una milésima de segundo. El menor error podía llevar a la nave a materializarse en un lugar ya ocupado por otro cuerpo…, un planeta, lo cual significaba la destrucción instantánea de la nave y sus ocupantes.

—Pero entonces, ni te enteras —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No, nada…

Myra le dirigió una fugaz mirada de soslayo.

—Estamos llegando a Krootil —dijo.

Shasta guardó silencio. Myra comprendía muy bien lo que pesaba en el ánimo del joven.

Le veía con los ojos cerrados, evocando seguramente tiempos pasados, una época de infinita felicidad… Shasta recordaba los verdes prados del jardín Rohoo —en el idioma de Krootil significaba Edén—, los pequeños estanques, las numerosas cascadas, las flores multicolores que abundaban por todas partes, los árboles de enormes copas, que daban frescura al ambiente con su sombra… y él y una hermosa mujer corriendo libres y felices, sin preocupaciones por aquellos lugares paradisíacos… hasta que, de repente, había surgido lo que… ¿podía considerarlo inevitable?

Shasta no lo estimaba así. Aun hallándose apasionadamente enamorado de Sphasina, hubiera obrado exactamente igual que lo había hecho. Pero ello le había costado la expulsión de aquel inigualable Edén, con la prohibición absoluta de regresar, bajo pena de muerte, que cualquiera de las guardias de Sphasina podía ejecutar *in situ*, en el momento en que lo capturase.

Y, sin embargo, porque aún amaba a Sphasina, iba a correr aquel riesgo. Y lo mismo que en su anterior estancia en Krootil había actuado de determinada manera, ahora tenía que hacer lo que consideraba su obligación, cualesquiera que fuesen las circunstancias posteriores.

Inspiró profundamente. La imagen del planeta se agrandaba a ojos vistas. Shasta inició el período de deceleración. Pronto pondría los pies sobre el suelo de Krootil.

CAPÍTULO VI

La astronave describió un círculo completo en torno al planeta, con un radio gradualmente decreciente, al objeto de completar el período de deceleración, que se había alargado más de lo normal, debido a que la vuelta al espacio de tres dimensiones se había realizado excesivamente cerca del planeta. De haber hecho la operación a varios millones de kilómetros más atrás, Shasta pudría haber aterrizado directamente.

A su lado, Myra contemplaba atentamente el panorama que se descubría desde unos cientos de kilómetros de altura. De pronto, sintió curiosidad por saber una cosa.

—Mike, suponiendo que tengas éxito, ¿qué harás después? —preguntó.

—No lo sé. Estoy arruinado, así que tendré que buscarme un empleo. Nadie quiere aceptarme como guía, después de lo de Shulan-Yator.

—He oído decir que algunos de los colonos fueron muertos y devorados por los nativos...

—Sí.

—Tú escapaste.

—También es cierto. Pero no, como se dice por ahí, abandonando a su suerte a las personas a quienes tenía la obligación de guiar y aconsejar. Las apariencias están contra mí, pero yo me considero absolutamente inocente de lo que ocurrió allí. Algún día te contaré...

La nave se agitó de pronto. El sonido de aire hendido con gran velocidad penetró en la cabina. Shasta se aplicó a manejar los controles con todo cuidado. El suelo se acercaba con enorme rapidez.

Unos minutos más tarde, la *Felicidad* se posaba en tierra. A lo lejos se divisaba una serie de construcciones de forma cúbica, de variados colores. Myra comprendió que tenía ante sus ojos la capital del planeta.

—¿Por qué no has aterrizado más cerca? —preguntó. Shasta demoró la respuesta unos instantes. Luego tocó un botón y la escotilla se abrió, a la vez que la escalera se desplegaba automáticamente.

—Quiero evitar incidentes —contestó un tanto oscuramente.

Abandonó la cabina y se dirigió hacia la salida. Myra le siguió, perpleja y preocupada al mismo tiempo.

Shasta descendió hasta el suelo y encendió un cigarrillo. Myra le vio bastante nervioso. Sintió lástima y compasión de él y, por lo mismo, también sintió una viva simpatía hacia el hombre que estaba dispuesto a morir por una orden emitida por la mujer a quien amaba.

De repente vieron a lo lejos unos puntitos que se movían en el aire.

—Ya vienen —dijo el joven—. Myra, vuelve a la nave y cierra la escotilla.

La cabeza de Myra se agitó con un gesto de rebeldía.

—Me quedo —declaró firmemente.

Un minuto más tarde, media docena de guardias femeninos, al mando de una teniente, quedaban suspendidas en el aire, a cuatro o cinco metros del suelo, con sus bastones de energía encarados hada los recién llegados.

—Soy la teniente Ellira —dijo la que mandaba el pelotón—. ¿Quienes sois? ¿Que hacéis en nuestro planeta?

—Cuando te diga mi nombre, darás orden de disparar contra mI —respondió el Joven—. Pero te ruego respetes a mi acompañante...

—No acepto imposiciones de un extranjero —cortó Ellira abruptamente—. Declara tu nombre en el acto y di también qué os ha traído a Krootil.

—Veo que llevas un transmisor de radio. Por favor pide comunicación con Sphasina. Dile que Mike Shasta ha vuelto a Krootil, pero que, antes de que se ejecute la sentencia de muerte dictada contra mí, deseo comunicarle algo de excepcional importancia.

Hubo un instante de silencio. Shasta pudo apreciar una expresión de indudable sorpresa en los rostros de las amazonas voladoras que formaban semicírculo a su alrededor. En la mano de Ellira vio la tensión que precedía inmediatamente a un disparo de energía.

—Está bien —dijo Ellira al cabo—. Comunicaré a Sphasina tu presencia. Pero no puedo garantizar que ella quiera hablar contigo.

—Al menos, inténtalo.

—Sí.

Ellira se retiró una cincuentena de metros. Myra vio que descolgaba un diminuto transmisor de su cinturón y que pegaba los labios al micrófono. Se notó con todos los nervios tensos, tirantes como cuerdas de violín. ¿Dispararían también contra ella?, se preguntó.

Transcurrió un cuarto de hora. A Shasta se le hizo un tiempo agónicamente largo. ¿Seguía Sphasina guardándole aquel rencor que la había llevado a dar una cruel orden?

De pronto, Ellira regresó junto al grupo y dio una orden:

—¡Llevadlos!

Inmediatamente, dos parejas de guardias descendieron hasta situar sus pies a unos centímetros del suelo. Colocándose a, ambos lados de los recién llegados, los asieran por debajo de los sobacos y, sin transición, se elevaron de nuevo en el aire.

Myra chilló ál verse suspendida de semejante manera. Shasta procuró tranquilizarla.

—No temas, no te van a dejar caer —dijo.

—No estoy tan segura...

Las amazonas volaban a unos sesenta o setenta kilómetros por hora. En pocos minutos pasaron por encima de los tejados de la capital. Shasta reconoció paisajes que le eran familiares. El corazón le latió con violencia. Pocos momentos más tarde, estaría frente a frente de Sphasina y...

Pero su pronóstico resultó equivocado.

* * *

Myra se paseaba como una leona enjaulada por el interior de la celda en que habían sido encerrados el mismo día de su llegada, Shasta, tumbado en el camastro, tenía los ojos cerrados.

—Siete días... —decía Myra exasperada—. Llevamos siete días aquí y aún no tenemos ninguna noticia de tu adorada Sphasina. ¿Qué clase de mujer es que no siente la menor curiosidad por saber las noticias que el hombre a quien condenó a muerte le trae desde decenas de años luz de distancia?

La celda, pese a su espartana decoración, era amplia, con baño independiente, y dos estrechos camastros, más una mesa y un par de sillas. Pero las paredes estaban desnudas y, aparte de la puerta, sólo había un hueco por donde se renovaba el aire. En el techo había una lámpara, cuya luz se atenuaba al llegar la noche, aunque sin apagarse del todo.

Myra se paró de pronto, los pies separados y las manos en las caderas.

—Pero ¿es que no vas a decirme nada? —exclamó.

—¿Hay algo que decir? —contestó él con indiferencia.

—No sé... Tú conoces mejor las costumbres de este planeta... ¿Por qué no nos han encerrado en celdas individuales?

—Será que quieren ahorrar —dijo Shasta burlonamente.

—¿Ahorrar?

Shasta señaló la lámpara del techo.

—Por favor, no te burles... Quizá a ti no te importe, pero mi familia está aquí... y yo vine para ayudarles...

Myra se interrumpió de pronto, el hermoso pecho agitado por una respiración entrecortada.

—Mike, ¿por qué en Krootil lo hacen todo las mujeres?

—Bueno, es una civilización basada en el matriarcado.

—¿Y los hombres?

—También hay, por supuesto. O no se renovaría la población de Krootil.

—Hasta ahora no hemos visto a ninguno.

—Ciertos oficios son solamente desempeñados por mujeres.

—Sí, el gobierno, los cargos directivos y el ejército...

Pero ¿qué papel pintan aquí los hombres, además de colaborar en la perpetuación de la especie?

—Trabajan.

—Trabajan, ¿en qué? .

—Agricultura, algo de minería, fundición, laboratorios...

—Vamos, bestias de carga.

—Más o menos.

Myra elevó los ojos al techo.

—¡Qué país! —rezongó—. Mike, ¿te das cuenta que este encierro ha anulado por completo la ventaja que conseguimos?

—Aún no sabemos si Hallan y los suyos han zarpado de la Tíerra.

—Pero lo harán.

—Oh, seguro.

—Tú has perdido el tiempo. Si no te quiere escuchar...

—Ella va a perder más.

—Mike, si llegan y no han establecido un plan de defensa, las derrotarán, pero tú no lo vas a pasar mejor. Hallan querrá desquitarse.

—Lógico.

La joven se enfureció.

—Pero ¿cómo puedes estar ahí, tan tranquilo, sabiendo que en cualquier momento pueden rebanarte el pesocuezo?

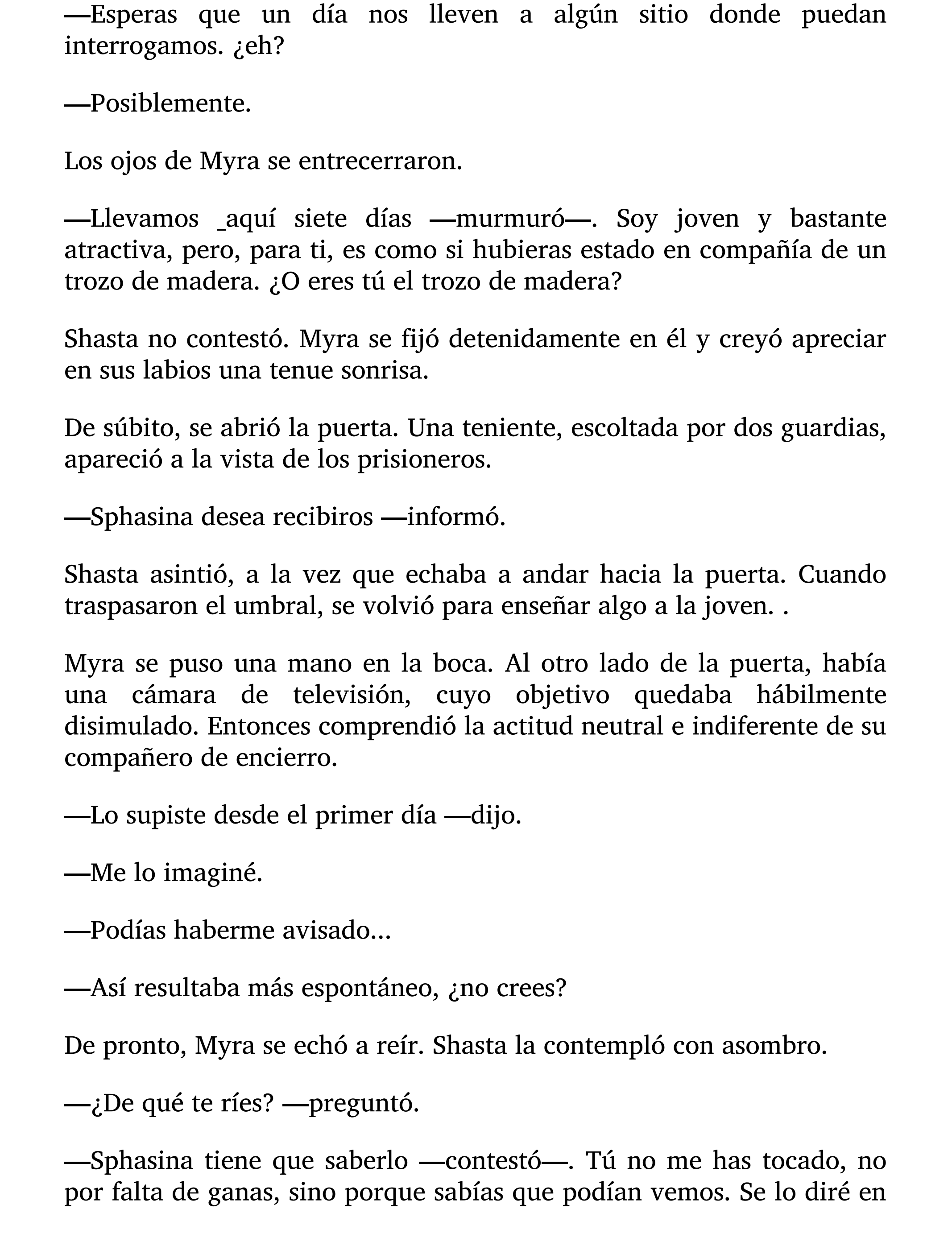
Shasta se sentó en la cama.

—¿Voy a romperme la cabeza contra las paredes, sólo porque me

tengan aquí encerrado, sin darme la menor explicación?

—Pueden tenemos encerrados toda la vida... —se estremeció ella.

—No, no será tanto —sonrió el joven.



—Esperas que un día nos lleven a algún sitio donde puedan interrogamos. ¿eh?

—Posiblemente.

Los ojos de Myra se entrecerraron.

—Llevamos _aquí siete días —murmuró—. Soy joven y bastante atractiva, pero, para ti, es como si hubieras estado en compañía de un trozo de madera. ¿O eres tú el trozo de madera?

Shasta no contestó. Myra se fijó detenidamente en él y creyó apreciar en sus labios una tenue sonrisa.

De súbito, se abrió la puerta. Una teniente, escoltada por dos guardias, apareció a la vista de los prisioneros.

—Sphasina desea recibiros —informó.

Shasta asintió, a la vez que echaba a andar hacia la puerta. Cuando traspasaron el umbral, se volvió para enseñar algo a la joven. .

Myra se puso una mano en la boca. Al otro lado de la puerta, había una cámara de televisión, cuyo objetivo quedaba hábilmente disimulado. Entonces comprendió la actitud neutral e indiferente de su compañero de encierro.

—Lo supiste desde el primer día —dijo.

—Me lo imaginé.

—Podías haberme avisado...

—Así resultaba más espontáneo, ¿no crees?

De pronto, Myra se echó a reír. Shasta la contempló con asombro.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Sphasina tiene que saberlo —contestó—. Tú no me has tocado, no por falta de ganas, sino porque sabías que podían vemos. Se lo diré en

cuanto la tenga delante de mis narices, ¡créeme!

Shasta contuvo una sonrisa. «Sí, Sphasina debía habérselo imaginado», pensó. Pero, en cierto modo, era un asunto secundario.

Avanzaron a lo largo de un corredor de paredes forradas por enormes bloques de piedra. Luego salieron a una especie de vestíbulo, de grandes dimensiones, en donde había un hombre ocupado en limpiar el pasamanos de una escalera que conducía al piso superior. .

Era un hombre joven, bien parecido, más alto que Shasta y de torso musculoso y bien conformado. Al verlo, Shasta no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Ghelos!

El nativo sonrió.

—Hola, Mike.

—¡Cielos, qué tipo! —murmuró la joven, con los ojos en blanco.

—Sigue trabajando —ordenó la teniente ásperamente. Myra hizo un gesto de pesar.

—La verdad, ser hombre aquí debe de resultar penoso —comentó.

Momentos después, se detenían ante una puerta, de pesados batientes de madera, adornada con gruesos clavos de bronce. La teniente habló a través de un micrófono adosado en la pared. Alguien contestó de inmediato y la puerta se abrió un segundo más tarde.

* * *

Durante unos instantes, las dos mujeres se contemplaron, estudiándose recíprocamente. Myra vio a una hermosa joven, de cabellos intensamente negros, vestida con un peto dorado y pantalones largos y ajustados. Contra lo que había supuesto, la decoración de aquella sala era sobria, sin lujos innecesarios, a excepción de las pieles, que le parecieron de superior calidad a las mejores de la Tierra. Al cabo de casi un minuto, Sphasina volvió los ojos hacia el joven.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Myra Barez, hija del jefe de la expedición a cuyos componentes tienes cautivos aquí —respondió Shasta.

—Contra todo derecho...

Sphasina cortó en seco las protestas de la terrestre.

—Tengo el derecho que me confieren mi rango y las leyes de Krootil —dijo fríamente—. Y puesto que eres la hija del jefe de la expedición, irás a reunirte con él inmediatamente.

Myra se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera reaccionar, varias amazonas entraron en la sala, dispuestas a llevársela.

—¡Mike! —gritó la joven—. Pero ¿es que no vas a hacer nada?

—Lo siento —respondió Shasta.

Myra apretó los labios. Luego sonrió despectivamente.

—Prefiero estar prisionera con los míos, que seguir libre en este repugnante lugar, gobernado por una histérica, frustrada sexualmente...

La joven se calló de pronto. En lugar de la reacción de violencia que habría sido lógica en Sphasina, ésta sonreía de un modo extraño, casi complacida. Pero, de repente, dos fuertes manos asieran sus brazos y se sintió arrastrada en volandas fuera de la sala.

Sphasina y Shasta quedaron a solas, mirándose en silencio durante algunos segundos. Luego, ella dijo:

—He tomado una decisión, aunque, como puedes comprender, y pese a ciertas informaciones que se divulgan fuera de aquí, no he sido yo sola, sino que mi consejo asesor ha tenido buena parte en esa decisión. Y así como en la ocasión anterior te condenamos a muerte, ahora hemos resuelto indultarte.

Shasta se inclinó profundamente.

—Os doy las gracias a ti y a tus consejeros —dijo.

—Ese indulto tiene una condición que, ahora sí, es absolutamente inapelable: la expulsión inmediata de Krootil.

CAPÍTULO VII

Shasta hizo un movimiento de sorpresa al escuchar aquellas palabras.

—Pero ¿no puedes imaginarte siquiera los motivos que me han traído a este planeta? —exclamó.

—Los conozco de sobra. Y, no te preocupes, sabremos defendemos...

—¿Cómo? —gritó él—. ¿Con las manos? Vuestros bastones de energía tienen un alcance máximo de cuarenta metros y son las armas más potentes de que disponéis. Ellos vendrán equipados con armas infinitamente superiores...

—Me lo supongo. Pero ¿sabes una cosa? Para conquistar Krootil, tendrán que poner pie en el planeta... y entonces será cuando contraataquemos nosotras.

—Os arrasarán desde el aire...

—No, no harán tal cosa. No pueden exterminar una población de varios millones de seres humanos, sólo porque los habitantes de un planeta hayan decidido que sus leyes deben cumplirse. Actuarán en una forma más clásica, bombardeando desde el aire, ciertamente, pero luego desembarcando tropas de asalto, que intentarán materializar la ocupación. Entonces, nosotras desencadenaremos el contraataque.

Shasta creía soñar.

—¿Quién ha metido esas absurdas ideas en tu cabeza? —preguntó.

—Desde el momento en que hicimos prisioneros a los componentes de la expedición Barez, sabíamos que alguien, en la Tierra, reaccionaría de la forma que has dicho. Aquí no somos tontas, Mike, y en el acto nos dimos cuenta de que la llegada de la expedición Barez era un acto de deliberada provocación. Sobre todo, después de la destrucción de la puerta receptora.

—Y a pesar de todo... .

—Hicimos prisioneros a los colonos y así seguirán, hasta que el gobierno de la Tierra se avenga a razones, pague la multa que nuestras leyes han dictado para estos casos. Por supuesto, todo su equipo,

pertrechos y animales domésticos, han quedado confiscados.

—Están arruinados.

—Pero vivos. Podrán empezar de nuevo. —Sphasina se encogió de hombros—. En fin, lo que hagan de ahora en adelante es cosa suya. En honor a la verdad, y para que te sientas satisfecho, debo decirte que tu gesto de venir a avisarme sabiendo el riesgo que corrías, ha sido factor fundamental en el indulto que se te ha concedido. Pero la orden de expulsión es irrevocable.

Shasta miro a la joven a través de los ojos entornados.

—Sphasina, ¿de quién ha partido la idea de mi expulsión? —quiso saber.

—Fue mía.

—Ah, propusiste me perdonasen la vida a cambio de la expulsión...

—No te hagas ilusiones —se burló Sphasina—. Mis consejeros acordaron indultarte, pero fui yo quien aceptó ese indulto a cambio de tu expulsión de Krootil.

Shasta asintió con lentos movimientos de cabeza. —No has podido perdonarme, se ve —murmuró.

—No —contestó ella lacónicamente.

—Está bien. De todos modos, gracias. Pero, antes de marcharme, permíteme hacerte una observación.

—Claro. Habla.

—Antes has mencionado a varios millones de seres humanos, nativos de este planeta. La mitad, millar más, millar menos, son hombres. No voy a decirte cuál es su situación, porque la conoces mejor que yo. Pero quizá, .muchos se pongan de parte de los invasores. ¿Te imaginas lo que eso significa?

—Ningún hombre de Krootil está armado —respondió Sphasina.

—Ni pensáis darles armas...

—Por supuesto.

—Quizá lo hagan los invasores.

Ella sonrió.

—Hemos preparado una recepción que no olvidarán jamás —contestó con displicencia. Alargó la mano y la apoyó sobre un botón situado en el respaldo del asiento—. La audiencia ha terminado —decretó con voz impersonal. Aquella voz, antaño tan acariciadora, parecía ahora de hielo, pensó Shasta amargamente, mientras se dejaba llevar por las amazonas.

* * *

La teniente Ellira en persona, dirigió el vuelo de retorno a la astronave. Shasta fue transportado por dos amazonas, de la misma forma que a la ida. En pocos minutos llegó al pie de la *Felicidad*.

Shasta fue dejado al pie de la escalera. Ellira movió el brazo izquierdo.

—Sube —dijo.

El joven asintió, a la vez que iniciaba la media vuelta. Pero, de súbito, giró en sentido inverso y arrancó de manos de Ellira el bastón de energía.

La teniente gritó. Antes de que pudiera resistir, la boca del bastón de energía se apoyó en el lado derecho de su cuello.

—Ellira, ordena a tus chicas que tiren las armas o te abraso —dijo truculentamente.

Las dos amazonas estaban desconcertadas, sin saber qué hacer. Shasta apoyó visiblemente el pulgar sobre la tecla de disparo.

—Te concedo tres segundos, ni uno más —añadió—. Y diles también que no intenten jugarme una mala pasada; tú serías la primera en sufrir las consecuencias. —E… está bien —jadeó Ellira—. Haced lo que os ordena…

* * *

Dos bastones de energía cayeron sobre la hierba. A continuación, Shasta emitió una nueva orden:

—Separaos diez pasos y dejad caer al suelo los propulsores individuales. Cuando lo hayáis hecho, caminaréis en línea recta, sin volver la cabeza una sola vez. Recordad que la vida de Ellira depende de lo que hagáis vosotras.

Dos aparatos voladores cayeron sobre la hierba, en el lugar indicado por el terrestre. A continuación, las amazonas echaron a andar lentamente, pero sin mirar atrás.

Entonces, Shasta dejó libre a Ellira. La nativa se revolvió, sólo para encontrar la boca del bastón de energía entre sus senos.

—Tu propulsor —dijo el joven fríamente. Ellira empezó a soltarse los atalajes. —Lo pagarás muy caro —amenazó.

—Quizá un día comprendas lo que hago..., aunque, por el momento, las explicaciones sobran. ¡Vamos!

El propulsor cayó al suelo. Shasta movió el bastón.

—Lárgate.

Ellira dio media vuelta y echó a andar. Cuando la vio a distancia suficiente, Shasta se colocó el aparato a la espalda. Recogió su bastón y dejó los otros dos sobre los propulsores abandonados. Entonces, alzó el vuelo.

De repente, vio que las amazonas, desafiando sus órdenes, retrocedían a la carrera. Sonrió desdeñosamente.

Su pulgar seguía aún sobre el contacto del disparador de energía. Dos dardos de luz blanquísima partieron del bastón, en otros tantos segundos, haciendo que los otros dos bastones y los propulsores estallaran con vivísimos chispazos. Ellira y sus acompañantes retrocedieron, amedrentadas. La teniente blandió el puño, pero era un gesto fútil, sin efectividad alguna, Shasta rió de nuevo y, virando en redondo, ganó altura para desaparecer en menos de un minuto de la vista de las chasqueadas guardias.

* * *

El hombre avanzaba por las callejuelas externas de la capital del planeta, convertido en una sombra. De vez en cuando, se guarecía en el quicio de algún portal, sobre todo si oía rumor de pasos. Pero la ciudad estaba completamente dormida. Al fin, Shasta se detuvo en una casa de planta baja y forma cúbica. Los edificios de la ciudad eran sencillos, pero aquél parecía incluso miserable.

Shasta se situó en el punto más oscuro y tocó en la madera de la puerta con los nudillos. Alguien abrió después de un rato de espera. Tenía una lámpara en la mano y Shasta emitió un gruñido.

—Apaga esa luz, Ghelos.

Sonó una exclamación de asombro. Ghelos cerró inmediatamente el interruptor de la lámpara y se echó a un lado.

—Por todos los... ¿Cómo diablos has llegado aquí, Mike?

Shasta se echó a reír. Una vez traspasado el umbral, cerró la puerta.

—Ya puedes encender —dijo.

Ghelos accionó de nuevo el interruptor. La lámpara quedó sobre una mesa de construcción harto sencilla. Shasta paseó la vista por el interior de la casa, de ambiente harto sobrio.

—No es fácil la vida del macho en Krootil —dijo.

—Cambiar las costumbres es aún menos fácil —respondió él—. ¿Quieres tomar algo? Debes de tener hambre; hace ya cuatro días que te fugaste, después de haber desarmado a una patrulla de guardias.

—Me conformaré con un tazón de sopa, gracias. ¿Qué se comenta por aquí de lo ocurrido? —inquirió.

—Puedes figurártelo. —Ghelos luchaba con una lata de sopa, sin dejar de hablar—. Sphasina y sus consejeras están que se suben por las paredes, para expresarlo con una frase típicamente terrestre. La teniente Ellira ha sido degradada, pero eso ya no tiene tanta importancia, me parece.

—¿Han dado una orden especial contra mí?

Ghelos volvió junto a la mesa, llevando en las manos un gran cuenco de madera, repleto de una sustancia verdeamarillenta, bastante

espesa, y una cuchara.

—Orden de captura a toda costa —dijo.

—Pero no de muerte, Ghelos.

—Sólo orden de captura. No se especifica si vivo o muerto, aunque, en tu lugar, yo pondría mucho cuidado en no dejarme poner la mano encima.

—Lo pondré, descuida —dijo Shasta, entre cucharada y cucharada de la sopa. Miró a su alrededor—. ¿Cómo es que estás solo? —quiso saber.

—Bueno, este es un alojamiento para cuatro machos, en edad reproductora. Los otros tres han sido requeridos para prestar sus servicios masculinos a otras tantas chicas, a las que ya ha llegado el tiempo de tener un hijo. También me llamaron a mí, por supuesto, pero alegué una enfermedad. Lo cierto es que suponía que, tarde o temprano, acabarías por venir a verme.

—Eres un tipo listo, Ghelos. Bien, ¿sabes ya como es la situación?

—He oído algo. Parece ser que la Tierra planea una especie de invasión de Krootil.

—Aparentemente, van a liberar a los prisioneros. Pero el objetivo es muy otro. ¿No te lo imaginas, Ghelos?

—Sí. La cosa no va a resultar agradable. Habrá grandes combates...

—Ellas no os dejan participar en la defensa del planeta, ¿verdad?

Ghelos meneó la cabeza.

—Son muchos siglos de condicionamiento y es difícil cambiar la mentalidad de las personas. Pero muchos hombres estaríamos dispuestos a luchar, si nos dejasen, y posteriormente nos reconociesen ciertos derechos de los que ahora carecemos. Sin embargo, lo que deseamos no es más que un sueño irrealizable...

—Tal vez pudiera realizarse, Ghelos.

El nativo miró a su amigo terrestre.

—¿Qué estás diciendo, Mike?

—¿Qué harías tú si fueses el jefe de la tuerza invasora? ¿Cómo desencadenarías el primer ataque, de tal modo que tus adversarios quedasen en pocos minutos incapaces de reaccionar?

—No sé... No se me ocurre ninguna idea al respecto.

Tal vez un duro bombardeo...

—El bombardeo no sirve de nada contra unas tropas provistas de propulsores individuales, Ghelos. Incluso aunque destruyeran la capital y las aldeas de la comarca, tampoco ganarían nada. Las amazonas de Sphasina conservarían intacta su capacidad bélica y... ¿de qué sirve atacar un objetivo desde el aire, si luego no se

puede ocupar?

—Eso es cierto, pero ya te he dicho: no tengo ninguna idea.

—Yo sí la tengo. Y todavía más, puede servir para que se os reconozca la igualdad de derechos.

Ghelos parpadeó, asombrado.

—Si tratas de mencionar la huelga, olvídalo. No hay unanimidad... y los bastones de energía sirven muy bien de látigos eléctricos contra los recalcitrantes.

—Lo sé. Pero dime, ¿de dónde obtienen su energía los bastones y los propulsores individuales?

Hubo un instante de silencio. Ghelos miraba a su amigo, pasmado de asombro. Shasta ingirió la última cucharada de sopa, se limpió los labios con el dorso de la mano y apartó a un lado el cuenco ya vacío.

—Mike, eso que dices es muy fuerte...

—Si a un hombre le cortas las piernas, no podrá andar. Y si a un pájaro le cortas las plumas de las alas, no podrá volar. ¿No entiendes la metáfora?

—Sí, claro, pero...

—Algo tenéis que poner los hombres de vuestra parte. Si es que queréis ser algo más que productores de simiente para futuros esclavos.

El rostro de Ghelos se contrajo.

—Muchos estamos hartos —declaró sombríamente.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Y debes apresurarte, porque los que vengan irán allí en primer lugar.

—Tengo algunos amigos de confianza...

—Hazlo cuanto antes, Ghelos. —Shasta se puso en pie y estrechó la mano de su amigo—. Por algo parecido a esto fui expulsado de Krootil. Al parecer, eran ideas subversivas.

Ghelos se echó a reír.

—No has cambiado —dijo.

—Soy el mismo, amigo mío. Apaga la luz, por favor.

—Espera un momento. ¿Cuándo volveré a verte?

Shasta estaba ya junto a la puerta.

— Yo procuraré encontrarte —se despidió.

CAPÍTULO VIII

El río se desplomaba por una cascada de unos doce metros de altura, formando como una cortina líquida, de la que se desprendían vapores irisados al chocar contra las aguas del gran estanque allí formado, Era como un gran cuenco, de más de cuarenta metros de ancho, por el doble de largo, bordeado por árboles de frondoso ramaje y con abundante hierba en el suelo.

En el estanque, una mujer nadaba perezosamente.

Las gotas de agua que se agitaban en sus rubios cabellos chispeaban con cada movimiento. Mientras realizaba sus ejercicios, Sphasina permanecía absolutamente concentrada en sus pensamientos. .

Ni siquiera advirtió que había un espectador en la orilla, hasta que decidió salir fuera del agua. Pero, aun así, tardó en verlo bastante. Cuando se detenía en un sitio en donde ya podía hacer pie, levantó la

vista y divisó a Shasta, con una toalla en las manos.

Sphasina quedó en pie, con el agua hasta la cintura, mirándole fijamente, sin hacer nada por cubrir el hermoso pecho. Shasta sonrió.

—Vamos, sal, debes secarte —dijo.

—¿Cómo has tenido la desvergüenza...? Atacaste a tres de mis guardias y les quitaste...

—Sí, sí, lo sé. Pero no te quedes ahí. Vamos, sal, tenemos que hablar.

Sphasina dudó un momento, Luego, decidiéndose, echó a andar y arrebató la toalla de manos del terrestre.

—No has cambiado —dijo, al envolver su cuerpo en la prenda afelpada.

—Sigo siendo el mismo, sólo que quiero ayudarte. Devuelvo bien por mal.

—Generoso —se burló ella—. ¿Crees que vas a con quistarme con tus trapacerías?

—Todo depende de los puntos de vista. —Shasta se reclinó en la hierba y sacó un cigarrillo—. ¿Has establecido ya un plan de defensa?

—Sí.

—Será bueno, supongo.

—El mejor.

—Sphasina, yo no voy a traicionarte, y tú lo sabes muy bien. ¿Por qué no me dices en qué consiste ese plan?

—Los hombres de Hallan descenderán en las inmediaciones del campamento de prisioneros. Les haremos un recibimiento caluroso, créeme.

—Habréis montado puestos de artillería energética, supongo.

Sphasina emitió una sonrisa desdeñosa.

—Van a llevarse una tremenda sorpresa —dijo—. Todos los fuegos se cruzarán. Ni un solo atacante conseguirá salvarse. Y en el supuesto de que alguno logre escapar, las tropas, que estarán escondidas en

lugares adecuados, perseguirán implacablemente a los fugitivos.

De pronto, Sphasina se inclinó y tomó un transmisor portátil que tenía con sus ropas.

—Capitán Nyria, venga con seis guardias. Estoy en la cascada.

—Bien, señora.

Sphasina lanzó el transmisor al suelo y empezó a vestirse.

—No me has dicho nada del plan de combate —murmuró.

—Es que no puedo elogiarlo.

—¿Cómo te atreves…? Se trata de un plan largamente estudiado hasta en sus menores detalles… Hace ya días que miles de hombres trabajan en los alrededores del campamento. Esta mañana fui a inspeccionar las obras y, créeme, cuando hayan terminado, nadie podrá ver desde cincuenta metros de altura siquiera, que hay escondidas más de diez mil amazonas, dispuestas a todo.

—Sphasina, eso no es un plan de combate, es un puro disparate. ¿Acaso has tomado a Hallan por tonto? ¿Crees que no tiene una puntual información de cuanto hay en el campamento? ¿No se te ha ocurrido pensar siquiera que la nave de patrulla que vino accidentalmente, tomó gran cantidad de fotografías de la zona en que están los prisioneros?

—Sí, me lo imagino, pero…

—Por perfecto que sea el enmascaramiento de tus tropas, los invasores advertirán en seguida las leves diferencias que se han producido en el terreno. Suponiendo que inicien su ofensiva por ese punto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, herida en su amor propio.

Shasta consultó su reloj de pulsera. Sphasina apreció una extraña sonrisa en sus labios.

— Ya es la hora —dijo él.

—¡Sí, es la hora! —exclamó la joven—. ¡Mira!

Shasta se sentó en el suelo. Siete amazonas llegaban volando, transportadas por sus propulsores individuales.

De repente, cuando la patrulla se hallaba sobre el estanque, los propulsores fallaron. Durante uno o dos segundos, las siete amazonas se sostuvieron todavía en el aire. Luego, con cierta lentitud, perdieron altura, hasta hundirse en las aguas del pequeño lago.

Siete desconcertadas mujeres emergieron a poco, empapadas de agua y despojadas de sus propulsores individuales, a fin de evitar morir ahogadas. Dado que la caída se había producido algo más cerca de la orilla opuesta, el instinto les hizo nadar por el trecho más corto.

Sphasina se sentía estupefacta.

—No comprendo cómo han podido fallar siete propulsores a la vez...

Shasta se había puesto en pie. Su mirada se había endurecido.

—Media docena de hombres coléricos, irritados por la secular postergación de que son objeto, han bastado para anular por completo toda vuestra fuerza de combate. Todas las guardias que se encontraban en el aire, en estos momentos, han caído a tierra, espero que sin daños de gravedad, ya que el propulsor conserva su potencia todavía durante algunos segundos. Lo mismo que los bastones de energía; desprovistos de la fuente primaria, pueden hacer aún dos o tres descargas. Pero luego se convierten en unas armas absolutamente inofensivas.

—¿Qué habéis hecho? —gritó Sphasina descompuestamente.

—Es muy simple: esos seis hombres han capturado la estación central de energía estelar —contestó Shasta, y antes de que la asombrada joven pudiera emitir el menor sonido, Shasta dio un salto y se lanzó hacia la espesura, en la que desapareció casi instantáneamente.

* * *

La larga columna de mujeres ascendía serpenteando por la ladera de la montaña, en cuya cumbre se hallaba la altísima torre de metal, rematada por una brillante esfera. La torre medía casi quinientos metros de altura y el diámetro de la esfera, que parecía de vidrio y que estaba compuesta por millares de facetas pentagonales, no bajaba de los cien metros.

En la base de la torre se veían algunas construcciones. Los departamentos de control, sin embargo, se hallaban a algunas docenas de metros bajo el suelo. Aquella torre era la que emitía la energía estelar, que permitía el funcionamiento no sólo de los propulsores individuales, sino también de las armas en forma de bastón, aparte de proporcionar luz y fuerza a todas las aglomeraciones urbanas en un radio no inferior a mil kilómetros.

Desde el borde de la gran plataforma en que se hallaba la estación energética, Shasta contempló divertidamente la larga columna de amazonas, que llegaban en plan ofensivo. Pero ahora, en lugar de viajar por el aire, tenían que utilizar sus propias piernas.

—Un ejercicio al que no están demasiado acostumbradas —comentó el terrestre.

—Nos divierte muchísimo —se rió Ghelos.

Los técnicos, todos ellos mujeres, así como un par de guardias, que realizaban una custodia más bien de rutina, habían sido sorprendidos con toda facilidad, y expulsadas todas ellas posteriormente por los atacantes, que se habían hecho los dueños de la estación. Ahora, lógicamente, llegaba la reacción esperada.

—Mike, tengo que preguntarte una cosa —dijo Ghelos de pronto—. Aquella chica que vino contigo...

—¿Te gustó? Tú le causaste una gran impresión —manifestó el joven.

—Iré a verla en cuanto me sea posible. Es una mujer muy atractiva.

—Lo es, aunque no sé si le agradará el plan de vida que debería seguir si se queda en Krootil.

—Bueno, veré de convencerla —dijo Ghelos alegremente—. ¡Eh, mira, ahí viene Sphasina!

La cabeza de la columna se hallaba ya a unos cien metros de distancia. Shasta sonrió al darse cuenta de que Sphasina marchaba en primer lugar, altiva, orgullosa... y también mortalmente fatigada después de largas horas de caminar a pie, aunque sin querer dar muestras del cansancio que sentía.

Shasta tenía en la mano un transmisor individual.

Puesto que el aparato disponía de pila generatriz corriente, las

comunicaciones con el interior de la estación podían hacerse sin la menor dificultad.

El transmisor pasó a manos de Ghelos.

— Ya sabes lo que debes hacer —dijo Shasta.

—Descuida, Mike.

De repente, Sphasina se detuvo y alzó una mano, a la vez que gritaba algo. Las amazonas empezaron a correr, para extenderse a ambos lados, en una larga hilera que amenazaba rodear por completo el recinto de la estación.

Mientras sus subordinadas ejecutaban la maniobra, Sphasina avanzó todavía unas decenas de metros más. Luego se detuvo al pie de la escalera de doce peldaños, que permitía el acceso a la plataforma.

—Estás aquí, Mike —dijo—. Y contigo veo a ese traidor de Ghelos... un hombre que ya puede considerarse muerto.

Ghelos ejecutó una burlona reverencia.

—Todavía estoy vivo, señora. Pero ¿qué veo? ¿Cómo es posible que tus amazonas hayan vuelto a unas armas tan primitivas? Arcos, flechas, espadas... Como hace cuatrocientos años, ¿verdad?

Sphasina estaba pálida de rabia, porque, sin energía, sus tropas se habían visto obligadas a recurrir a un armamento completamente en desuso.

—Cuando hayamos conquistado la estación, tendremos de nuevo las armas que nos permitirán sofocar despiadadamente esta rebelión —contestó—. En cuanto a ti, Mike Shasta, esta vez, créeme, no te salvarás de la ejecución.

—Sphasina, lo mejor que puedes hacer es reconocer tus errores —dijo el joven serenamente—. Ya ves, media docena de hombres resueltos, han podido capturar la estación, sin el menor esfuerzo. En tal caso, ¿no te imaginas lo que pueden hacer Hallan y sus sicarios?

Ella se mordió los labios, porque comprendía claramente el reproche que había en aquellas palabras.

—La defenderemos...

—¿Contra unos cohetes de velocidad sublumínica?

Ni lo sueñes; para esas armas, sólo hay una defensa posible... que no es precisamente la que tú has ideado.

—Entonces, ¿cómo puedo defender la estación? Quizá tú estés en condiciones de indicármelo —dijo ella burlonamente.

—Yo, sí, pero prefiero que oigas a Ghelos —respondió Shasta.

Ghelos adelantó un par de pasos.

—Queremos que se nos concedan plenos derechos —manifestó enérgicamente—. Cuando llegue el momento, si se nos elige, formaremos parte del gobierno. Trabajaremos, pero seremos libres en todo: libres de movernos por donde queramos... y libres también para elegir mujer. La frase igualdad de derechos no será un conjunto de palabras bonitas, sino algo plenamente efectiva, o dejaremos que los invasores actúen a su gusto.

El rostro de Sphasina enrojeció de ira.

—¡Miserable hombre! —dijo—. ¿Pretendes borrar en un instante lo que la ley ha ordenado cumplir durante cientos de años?

—Algún día tenía que llegar este momento —contestó Ghelos, inflexible—. Es más, te diré una cosa: si accedes a nuestras peticiones, lucharemos como el que más contra los invasores. Este es nuestro planeta y no nos gusta que nadie venga a dictarnos normas que no se acomodan a nuestra forma de ser. Podemos admitir colonos, siempre que vengan dispuestos a vivir como nosotros, los nativos de Krootil. Pero no queremos vivir sojuzgados por unos extraños, ni convertirnos en sus esclavos, que trabajarán de sol a sol, para arrancar las riquezas que hay en el subsuelo del planeta y llevárselas muy lejos de aquí. Si accedes a nuestras peticiones, cuenta que no encontrarás súbditos más fieles y dispuestos a dejar la vida en la lucha que se avecina. De lo contrario... ¿qué más nos dará ser esclavos de unos que de otros?

Sphasina se sentía atónita.

Shasta la compadeció. La mente de la joven había sido educada rígidamente, en una escala de valores que no había cambiado en cientos de años. Ahora, al darse cuenta de la rebelión de los hombres, sufría un fortísimo choque que la impedía reaccionar de un modo coordinado, sin la serenidad precisa en aquellos momentos.

De súbito, Sphasina miró a derecha e izquierda. Vio a sus amazonas en posición, con los arcos preparados, y alzó el brazo un instante.

—¡Disparad! —gritó, a la vez que bajaba el brazo. Varios miles de cuerdas emitieron unos tañidos de baja intensidad musical. Miles de flechas fueron proyectadas al aire, en mortales parábolas.

Pero, de repente, empezaron a producirse vivísimos chispazos. A unos diez metros del suelo y en todo el perímetro de la estación, las flechas ardían como simples fósforos, despidiendo ligeras nubecillas de humo, que se disipaban rápidamente.

Sphasina tenía la boca abierta. Shasta sonreía. Por tudas partes se oían gritos de asombro.

—La energía generada por la estación forma una cúpula absolutamente intraspasable —explicó Shasta amablemente.

—Tenemos agua y víveres de sobra, y así seguiremos hasta que hayáis dado una respuesta positiva a nuestras peticiones —añadió Ghelos. Y su tono era mucho más duro e incisivo que el de su amigo.

De repente, Sphasina perdió el ánimo. Sus piernas flaquearon y no sólo por el cansancio físico. Sentó se en el primer peldaño de la escalera y empezó a llorar.

CAPÍTULO IX

El hombre se deslizó sigilosamente por los terrenos inmediatos a la empalizada que formaba el perímetro del campamento de los cautivos. Dos hombres más le seguían a prudente distancia. Serk Waydin se detuvo un momento y contempló a la centinela que paseaba rítmicamente por la plataforma de vigilancia, situada a cinco u seis metros del suelo.

La amazona no se había apercibido de la presencia de gente extraña en las inmediaciones del campamento. Waydin avanzó unos cuantos pasos y desenrolló una cuerda que llevaba a la cintura, con la que formó un lazo en el mayor silencio.

Durante unos segundos, observó a la centinela. De pronto, hizo voltear el lazo y lo disparó hacia arriba. Un segundo después, tiró con todas sus fuerzas.

La centinela, arrancada de su plataforma, voló por los aires, para estrellarse contra el suelo con sordo choque. Antes de que pudiera saber qué le ocurría, un afilado cuchillo hendió su carne. Sus piernas se agitaron espasmódicamente unos segundos. Luego, lentamente, empezó a relajarse hasta quedar totalmente inmóvil.

Waydin limpió el cuchillo en las ropas de la muerta.

Después de enfundarlo, usó el lazo nuevamente para enganchado en un saliente de la empalizada. Momentos más tarde, alcanzaba la plataforma.

Entonces se volvió y emitió un tenue silbido. Sus dos acompañantes corrieron hacia la muralla de troncos. Para trepar hasta arriba, utilizaron la misma cuerda. Pendientes de los cinturones, llevaban sendas pistolas de energía.

El silencio continuaba en el campamento. Nadie se había percatado de lo sucedido.

—Quédense aquí —siseó Waydin—. Si viene alguna mujer, mátenla, pero procuren utilizar los cuchillos. Sólo usarán las pistolas en caso de grave emergencia.

—Váyase tranquilo, jefe.

Waydin se descolgó hacia el interior del recinto, en el que se veían numerosas tiendas de campaña, situadas en varias hileras. Paso a paso, avanzó hacia la primera tienda y levantó la lona que cubría la entrada.

—Eh —dijo a media voz—. ¿Dónde está Harald Trynne?

—¿Por qué diablos nos despiertas a estas horas? —sonó una voz soñolienta—. Trynne está en la tienda doce, tercera fila.

—Tienda doce, tercera fila —repitió Waydin—. Gracias, amigo.

Al retirarse, Waydin miró hacia el sector de empalizada en donde se hallaba el portón de acceso. Estaba claro que las filas debían contarse de derecha a izquierda y que la numeración de las tiendas se hacía a partir de las más próximas a la entrada. El se hallaba en la primera fila, de modo que no le costó demasiado orientarse y alcanzar su objetivo.

Momentos después, entraba en la tienda que buscaba.

—Harald —llamó.

Alguien se movió en la oscuridad.

—¿Quién... ?

—Cuidado, habla en voz baja. Soy Serk Waydin.

—¡Serk! ¡Por todos— los diablos! Habéis tardado demasiado...

—¿Crees que podíamos venir antes?

Alguien se agitó en la tienda de Trynne. Este abandonó su camastro.

—Salgamos fuera —murmuró.

Waydin asintió. A medio vestir, Trynne abandonó la tienda. Una vez en el exterior, miró fijamente al recién llegado.

—Habla —invitó.

En la tienda vecina, Myra Barez se movía inquieta.

Estaba insomne. No podía conciliar el sueño. La falta de noticias de Shasta la tenía en un estado de continua excitación, de tal modo, que le resultaba difícil conciliar el sueño la mayoría de las noches. De repente, oyó voces en las inmediaciones.

Uno de los que hablaban era Trynne y se portaba como un conspirador. Intrigada, Myra se puso rápidamente unos pantalones y una camisa y se asomó a fuera de la tienda.

Sí, allí estaba Trynne con otro sujeto...

Myra aguzó el oído. Segundos después, captó un nombre que la hizo estremecerse. Se lo había oído a Shasta en más de una ocasión, cuando le contó detalles de sus relaciones con Hallan y de algunas de las actividades de éste.

Ahora, Serk Waydin estaba en Krootil... y todos los indicios permitían suponer que había llegado clandestinamente. Se preguntó por qué Waydin no había querido entrevistarse con su padre, a quien todo el mundo había reconocido como jefe de los colonos cautivos y su delegado para solucionar los problemas que surgían en sus relaciones con quienes les mantenían prisioneros.

Al cabo de unos minutos, Waydin y Trynne se estrecharon las manos.

—Descuida, lo haré —dijo el segundo.

—Actúa cuando veas una señal en el cielo: tres destellos blancos, alternados con cuatro azules.

—De acuerdo.

Myra volvió a guarecerse bajo su tienda. Profundamente pensativa, se preguntó qué clase de acuerdo se había establecido entre aquellos dos hombres. Pero, de pronto, se le ocurrió la idea de que tal vez Trynne era cómplice de los que habían llevado a los expedicionarios a aquella situación.

Lo peor de todo era que Mike no podría ayudarles.

Había llegado a enterarse del indulto, sentencia sustituida por la de expulsión del planeta, pero era eso todo lo que sabía.

Al cabo de un rato, se oyó un gran estrépito de voces.

Las amazonas parecían muy alborotadas. Pasados unos minutos, los prisioneros supieron lo que había ocurrido.

Alguien había entrado subrepticiamente en el recinto, asesinando a una de las centinelas.

«La situación no iba a mejorar», pensó Myra amargamente.

* * *

Con paso muy rápido, a zancadas, de tal modo que incluso a Ghelos le costaba seguirle, Shasta recorrió el perímetro de la estación distribuidora de energía. En la mano derecha llevaba un transmisor portátil, con el que, de vez en cuando, daba instrucciones a los encargados de operar los controles de la estación, situados en el puesto de mando subterráneo. Al mismo tiempo, miraba hacia arriba, contemplando la esfera facetada, de la que partían los invisibles rayos de energía, que permitían accionar cuantos aparatos y máquinas de todo tipo facilitaban la vida en Krootil.

—¿Dará resultado? —preguntó Ghelos, dubitativo.

—Espero que sí —respondió Shasta—. En los primeros momentos,

consumiremos una cantidad ingente de energía y correremos el riesgo de agotar los generadores rápidamente, pero si los resultados son positivos, habrá merecido la pena correr ese riesgo.

Ghelos volvió la vista hacia la lejana llanura. La cumbre de la montaña en que estaba situada la estación se hallaba a dos mil quinientos metros sobre el nivel de la planicie, lo que le confería una situación privilegiada en todos los sentidos. La capital era apenas visible en el horizonte, a más de treinta kilómetros, pero la energía llegaba a las estaciones receptoras sin la menor dificultad.

«Eso era antes», pensó divertidamente. Ahora, la capital y las aldeas de la comarca, en un radio de casi mil kilómetros, se habían quedado sin energía. Afortunadamente, el clima era muy benigno, lo que excluía posibles incomodidades por el frío. Pero aquellas gentes estaban habituadas a un género de vida, que había sido alterado súbita y radicalmente. Tendrían que ceder, se dijo.

Shasta se le acercó y dirigió la vista hacia la lejanía.

—Aún no hay respuesta —dijo Ghelos intencionadamente.

—Ella está conferenciando con su consejo. Les costará ceder, pero cederán.

—Pueden negarse. Todavía son fuertes…

—Es una situación completamente nueva para ellas. Están desconcertadas. Y los hombres lo saben y ya no se dejan manejar como peleles. Ahora ya no sienten temor a las descargas de baja tensión de los bastones, cuando los utilizaban como látigos. El fracaso de su intento de reconquista de la estación las dejó abrumadas.

Ghelos asintió. Todavía recordaba a Sphasina, llorando a lágrima viva, mientras sus amazonas no sabían qué hacer, —vista la inutilidad de sus esfuerzos. Luego, la columna derrotada había emprendido el regreso, abatidas y desmoralizadas todas sus componentes.

—Me gustaría ir al campo de prisioneros —dijo Ghelos de repente.

—Vaya, parece que Myra te ha impresionado más de lo que pensabas —sonrió Shasta.

—Amor a primera vista —dijo el nativo alegremente—. Bueno, es una mujer muy guapa…, pero falta saber lo que resultaría después de unos días de trato.

—El campo de prisioneros está muy lejos. Además, conviene esperar.

—Sí, lo sé. Era sólo... un comentario.

Callaron un momento. De pronto, alguien llamó por radio:

—Mike, detectamos un cuerpo extraño aproximándose al planeta. Parece una astronave de gran tamaño. , Shasta se puso rígido.

—Ya están ahí —exclamó—. Ghelos, vamos a organizar la defensa.

Los dos hombres corrieron hacia el ascensor, que los llevó en pocos momentos a la sala de control. Una vez allí, Shasta contempló la gran pantalla del detector, en el que se reflejaba la imagen de la nave extraña.

—Pero está inmóvil —dijo.

—Sí, se ha detenido a unos dos millones de kilómetros de distancia —confirmó el observador—. Quizá piensen enviar un bote de exploración...

—Es posible. No la pierdas de vista.

—Descuida.

Afuera, alguien que vigilaba la llanura, vio de pronto algo que le llamó su atención.

—Mike —aviso por radio—, viene alguien.

—Usa los prismáticos —ordenó el joven.

El nuevo informe llegó segundos después:

—Es Sphasina, con algunos de sus consejeros. Shasta movió la mano.

—Ghelos, vamos a recibir a los parlamentarios —dijo con aire satisfecho.

* * *

Ray Barez alzó la tela que cubría la entrada y pasó al interior de la

tienda. Sus ojos brillaban de alegría.

—Todo está listo —dijo—. Al fin hemos recibido ayuda.

Se abrió la cazadora y enseñó la pistola de energía que llevaba atravesada en el cinturón.

—Hay muchas más armas —añadió—. Y todos estamos dispuestos a utilizarlas...

Myra fijó la vista en el rostro de su padre.

—¿Estás seguro de que esa es la actitud correcta, papá?

—¡Pues claro, hija! Llevamos aquí meses enteros, sin que estas malditas krootilianas den muestras de soltarnos...

—Os impusieron una sanción. Habíais quebrantado sus leyes.

—Lo sé, pero también podían mostrarse más comprensivas, me parece.

—Si tú hubieses nacido en este planeta, ¿te gustaría que unos extranjeros vinieran a robarte tus tierras?

—Myra, aquí hay sitio para mucha gente...

—Pero ellas quieren vivir sin tener que soportar extranjeros. Llámalo xenofobia si quieres, pero el caso es que nadie consultó al gobierno de Krootil para poder enviar una expedición de colonizadores.

Barez frunció el ceño.

—Myra, diríase que estás de parte de Sphasina —rezongó.

—Estoy más bien de tu parte y de los que vinieron aquí engañados, y que no se dan cuenta de que no son otra cosa que minúsculos peones en un juego de gran envergadura. ¿Vais a sublevaros?

—Por supuesto.

—¿Quién capitaneará la rebelión?

—Trynne, ya lo hemos acordado así. Es el más capaz...

—Y también es un traidor.

Los ojos de Barez chispearon de cólera.

—¡Myra! Te prohíbo que hables así de un buen amigo.

—Papá, yo he visto a Trynne hablar con Serk Waydin. ¿Sabes quién es Serk Waydin?

—Dímelo, por favor —pidió Barez con voz tensa.

—El jefe de seguridad de Marcus Hallan. Te he hablado lo que pretende ese sujeto, ¿no?

—Pero ¿quién diablos te ha contado...?

—No me lo ha contado nadie; lo he visto yo, la noche en que murió la centinela.

—¿Y hasta ahora no me habías dicho nada? —se asombró Barez.

—Esperaba a ver el giro que tomaban los acontecimientos. Papá, no te unas a la rebelión —rogó Myra—. Hemos tenido diferencias en el pasado, pero eran tonterías comparadas con lo que puede suceder ahora. Si Hallan y los suyos consiguen lo que desean, no os recompensarán de la forma en que pensáis. Ellos tienen sus planes y vosotros formáis parte del juego, simplemente. Pero cuando hayan ganado, os darán de lado créeme, no permitirán que os quedéis aquí.

—Trynne me ha prometido...

—El no puede prometer nada. Quizá le dejen quedarse, no lo sé; pero estoy segura de que, una vez nos hayan liberado, os obligarán a viajar a Khyrios, que es el lugar acordado en vuestro contrato. Oh, sí, en la Tierra serán unos héroes, por haber liberado a mil terrestres de la indigna cautividad a que estaban sometidos..., pero Krootil será para ellos, tal como han planeado desde e] primer momento.

La vehemencia de aquellas palabras hizo pensar a Barez. Myra no iba a engañarle, se dijo. Y, aunque se consideraba inocente del delito de que habían sido acusados por el gobierno krootiliano, lo cierto era que se hallaban en territorio ajeno, sin permiso de sus propietarios.

De pronto, tomó una decisión.

—Iré a hablar con Trynne... Myra extendió una mano.

—No, no descubras tu juego tan pronto. Harald se dice tu amigo, pero sería capaz de matarte si se enterase de que sabes la verdad. ¿Quieres dejarme actuar a mí?


—¿Qué piensas hacer?

Los ojos de la joven despidieron un repentino fulgor.

—Trataré de hablar con Sphasina —dijo.

—A mí me costó semanas enteras conseguir una audiencia...

Myra sonrió.

—Yo lo conseguiré mucho antes —aseguró.

Salió de la tienda y se encaminó resueltamente hacia la puerta, vigilada por una centinela, provista de su bastón de energía. Lo que Myra no podía saber era que el bastón quedaría inutilizado apenas hubiese agotado en un par de descargas la energía acumulada en una pila de muy escasa potencia.

La centinela le cerró el paso. Myra sonrió.

—Abre —dijo.

—Estás loca —rió la nativa.

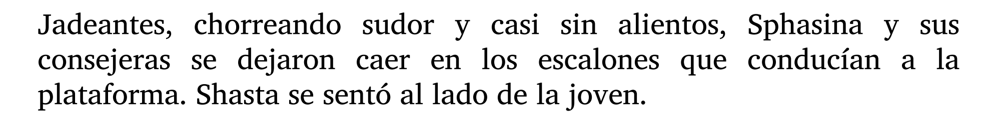
—Sphasina me envió aquí para espiar —dijo Myra muy seria—. He averiguado —algo de gran importancia v quiero comunicárselo.

—Espera aquí. Hablaré con la jefe de guardia...

La amazona se volvió. Entonces, rápida como el pensamiento, Myra le propinó un fortísimo empellón con ambas manos, haciéndola caer al suelo. Antes de que pudiera recobrarse, se apoderó del bastón de energía.

Un segundo después abrasaba la cerradura con una potentísima descarga. Aprovechando la confusión del momento, abrió y se lanzó fuera del recinto a toda velocidad en dirección a la capital que se divisaba en lontananza.

CAPÍTULO X



Jadeantes, chorreando sudor y casi sin alientos, Sphasina y sus consejeras se dejaron caer en los escalones que conducían a la plataforma. Shasta se sentó al lado de la joven.

—Tienes un aspecto desastroso —dijo.

—Son más de treinta kilómetros —se quejó ella.

—Hay transmisores de radio. Y, me parece, también animales domésticos.

—No estamos acostumbradas...

—Lleváis una vida muy tranquila. Os conviene un poco más de actividad.

—Vivimos bien...

—Claro, a costa de vuestros esclavos, que lo hacían todo, hasta que se cansaron.

—No podían quejarse; les dábamos cuanto necesitaban. Incluso mujeres jóvenes y hermosas.

—Pero les hacíais tomarlo como una obligación. La dignidad de un hombre, a la larga, se resiente.

Sphasina suspiró.

—¿De qué serviría discutir? —contestó—. Está bien, hemos acordado modificar la ley. Igualdad absoluta. ¿Estás satisfecho?

—Admirado —puntualizó él con cierta sorna—. Pero puedes estar tranquila: los hombres seguirán haciendo los trabajos más duros, aunque ahora podrán elegir a su mujer y vivir con ella y sus hijos, en lugar de volverse él a los lugares asignados, sin saber qué va a ser el hijo que se ha engendrado, ni tener posibilidades de reconocerlo cuando se haga mayor. Era una ley cruel, injusta, por más que beneficiase a una parte del cuerpo social, pero todo ser humano está obligado a luchar contra las leyes crueles e injustas. La vida será mucho mejor en Krootil a partir de este momento, créeme.

—Ojalá sea como dices. Si no es así, todos maldecirán el día en que llegaste aquí por primera vez —contestó ella con voz tensa.

Shasta se encogió de hombros.

—Me es igual. Pronto abandonaré este planeta y no regresaré jamás —declaró.

—Y volverás a tu antigua profesión.

—Si encuentro quien me contrate, ¿por qué no?

Hubo un instante de silencio. De pronto, Ghelos, en lo alto de la escalera, lanzó una exclamación:

—¡Mike! ¡Están llamando a Sphasina! ¡Dicen que es urgente!

Shasta se levantó de un salto. Sphasina se puso en pie también.

—Dame —pidió el joven.

Ghelos le entregó el transmisor de radio, que Shasta puso en manos de Sphasina. Ella pronunció su nombre y pidió se le comunicase lo que sucedía.

—Señora, una de las terrestres prisioneras ha escapado del recinto. Dice que quiere hablar contigo de algo muy urgente y de suma gravedad. Dice que tú la conoces personalmente. Se llama Myra Barez...

—¡Myra! —exclamó Shasta, que había escuchado las palabras de la informadora—. Dame, Sphasina.

—La llamada era para mí, creo —objetó ella fríamente.

Pero Shasta no le hacía caso.

—Adelante, Myra —dijo.

—¡Mike! —la voz de Myra sonó gozosamente alegre—. ¿Estás aquí?

—Eso parece, hermosa —contestó él en el mismo tono—. Pero ¿cómo diablos has conseguido escapar?

—Ahora no tiene importancia. Mike, ha sucedido algo muy grave. Había un traidor entre los prisioneros. Se llama Trynne y va a capitanear una sublevación que se prepara inminentemente.

—¡Pero no tiene armas! —se asombró Shasta.

—Alguien les ha proporcionado pistolas de energía. Llegó clandestinamente...

—Debe de ser el que asesinó a una de mis centinelas —dijo Sphasina, que seguía la conversación atentamente.

—El nombre te recuerda algo, Mike —añadió Myra—. El nombre es Serk Waydin...

—¡Waydin! —respingó Shasta—. ¿Está aquí?

—Seguramente, se infiltró.

—Llegarían volando a cota fuera de detección. Myra, ¿para cuándo es la rebelión?

—Todavía no lo sé... Deberán empezar cuando alguien haga en lo alto una señal, tres destellos blancos y cuatro azules alternados... Habrá una matanza, Mike —dijo la joven con acento lleno de congoja.

Shasta meditó unos instantes. Luego pasó el transmisor a Sphasina.

—Ordena que retengan a Myra en tu residencia —dijo—. Luego hablaremos de lo que se debe hacer.

—Está bien. —Sphasina dio una orden y se volvió hacia el joven a continuación—. ¿Mike?

Pero Shasta estaba hablando con Ghelos.

—Es preciso restablecer la energía —dijo—. Tengo que ir al campo de prisioneros y no podemos hacerla a pie. Aquí hay una docena de propulsores individuales, ¿comprendes?

—Sí, pero yo quiero acompañarte —exclamó Ghelos.

—Muy bien.

—Y yo —terció Sphasina—. En el pacto que hemos aceptado no se habla para nada de que renuncie a mi puesto.

Shasta sonrió.

—Es muy lógico —dijo. Sphasina parecía preocupada.

—Los prisioneros tienen pistolas de energía. Pero la estación está desconectada...

—Las pistolas que se fabrican en la Tierra disponen de una pila mucho más potente que las vuestras y, además, se pueden recargar con sólo

una hora de exposición a la luz de una estrella tipo Sol —explicó el joven—. Incluso se pueden recargar durante la noche, captando la energía de las estrellas, pero entonces se necesitarían muchas más horas. Ahora bien, si no contenemos la sublevación, puede producirse una matanza... y entonces habrá más motivos para que el gobierno terrestre, espoleado por la indignada opinión pública, envíe una fuerza de ataque superior. Los que ahora vienen son mercenarios disfrazados, pero luego llegarían tropas que podríamos llamar regulares. ¿Has comprendido?

Sphasina asintió.

—Entonces, no perdamos tiempo —exclamó vivamente.

* * *

Las centinelas del campo se quedaron atónitas al ver tres figuras que se acercaban volando a gran velocidad. Cuando estaban ya en las inmediaciones del recinto, Shasta movió una mano.

—Dejad que sea yo el que hable —pidió—. Sphasina, Quédate atrás.

—Soy la reina gobernadora —protestó ella furiosamente.

—Y yo tu delegado y no quiero que algún loco te deshaga de una descarga. ¡Ghelos, sujétala!

—De acuerdo, Mike —contestó el nativo.

Shasta continuó volando, hasta situarse en la plataforma de vigilancia que había sobre la puerta de entrada. Los cautivos empezaron a congregarse en las inmediaciones.

—¡Hola, amigos! —dijo el joven alegremente—. He venido a ayudarles.

—¡Es Mike Shasta! —exclamó uno.

Un hombre se abrió paso entre la multitud congregada en aquel lugar.

—Soy Ray Barez —se presentó—. Mike, ¿dónde está mi hija? Ella me ha hablado mucho de usted...

—Ray, ¿te ha contado Myra lo que sucedió a la expedición que condujo este hombre a Shulan-Yator? —intervino Trynne cáusticamente.

—Algunos de los miembros de esa expedición fueron devorados por los nativos —añadió alguien que conocía la historia.

Barez elevó los brazos para imponer silencio.

—Dejémosle que hablar —solicitó a voz en cuello—. Sin duda tiene algo importante que comunicarnos.

—Sí —admitió Shasta—. Lo que tengo que comunicarles es bien sencillo. Se sabe que ustedes planean una sublevación y que tienen pistolas de energía. proporcionadas por alguien que asegura pretender ayudarles, pero que, en realidad, busca su propio provecho. Entreguen las armas y yo les prometo que se les devolverán todos los bienes confiscados y la multa será perdonada.

Sphasina se indignó.

—Ese hombre se toma atribuciones que no le competen —dijo furiosamente.

—Déjalo, él sabe lo que se hace —sonrió Ghelos.

—¿Y podremos quedamos aquí? —preguntó uno de los prisioneros.

—Eso ya no depende de mí. Ustedes se habían contratado con Rustler para viajar a Khyrios.

—Este es un buen planeta...

—Sus habitantes lo saben. Por eso no quieren extranjeros. Pero si no hubiesen tropezado con un traidor como Rustler, ya estarían en Khyrios, trabajando en las tierras asignadas. Si les devuelven todo cuanto les han quitado y les condonan la multa, ¿qué más pueden desear?

—Mataron a uno de los nuestros —alegó Trynne hoscamente.

—Conozco la historia. Ese hombre intentó agredir a unas guardias de Krootil —dijo Shasta—. Pero su amigo Serk Waydin mató a una centinela noches atrás.

Trynne se puso pálido.

—Es un hombre honesto —dijo—. Quiere ayudamos.

— Ya. Por eso les ha proporcionado cuarenta o cincuenta pistolas de energía. Si hay lucha, se producirá una matanza..., morirá mucha gente por ambos bandos. Entonces la Tierra intervendrá y su gobierno tomará posesión de este planeta, para cederlo luego al mejor postor, quien lo convertirá en algo de su exclusiva propiedad. Y ustedes, créanme, serán expulsados de aquí, aunque ganen, porque alguien les recordará que el contrato era para viajar a Khyrios.

Shasta miró fijamente a Trynne.

—El hombre que les entregó las pistolas es Serk Waydin, jefe de seguridad de Marcus Hallan —añadió—. Si alguno de los presentes ha oído hablar de Hallan, sabrá también qué clase de persona es.

Hubo un instante de silencio. De súbito, Trynne se sintió poseído por una furia infinita.

—¡No le hagan caso! —aulló—. Es un renegado... y yo sé muy bien cómo se trata a los renegados.

Trynne sacó la pistola que tenía escondida y apuntó a Shasta. Pero el joven no había ido desarmado ni estaba desprevenido. Antes de que el sujeto pudiese apretar el interruptor de descarga, él hizo funcionar su bastón de energía.

El rayo energético chocó de lleno con la pistola que Trynne tenía en la mano. Hubo un tremendo chasquido, acompañado de un deslumbrador destello blanco azulado. Cuando el resplandor se disipó, Trynne no era sino un mantoncito de cenizas negras en el suelo.

Shasta meneó pesarosamente la cabeza.

—Ha sido algo lastimoso —dijo—. Por favor, tiren las armas. Las guardias de Krootil están prevenidas. Son muchos millares de jóvenes avezados a pelear y que, además, disponen de propulsores individuales. Pueden matar algunas docenas..., pero las demás se enfurecerían y arrasarían este campamento, sin importarles en absoluto las vidas de las mujeres y los niños. Les han engañado, créanme; por favor, no empeoren su situación más de lo que está.

Un silencio total siguió a las últimas palabras del joven. Luego, Barez dio un paso hacia adelante, tiró su pistola al suelo y exclamó:

—En lo que a mí concierne, acepto las condiciones y aconsejo que los

demás hagan lo mismo.

Shasta sonrió.

—Si me aceptan, yo les conduciré hasta Khyrios —dijo.

Hubo algunas protestas, pero, al final, las pistolas fueron depositadas en el suelo, al pie de la entrada. Barez subió a la plataforma y se encaró con el joven.

—Mike, usted parece tener influencia aquí —dijo—. Quiero pedirle algo.

—¿Sí?

—Sabemos que el viaje a Khyrios tardará todavía un poco. Pero estamos hartos de permanecer confinados. Si prometemos observar buen comportamiento, ¿nos permitirán abandonar el campamento durante el día? Hay un río no lejos de aquí, queremos pescar… en fin, estirar las piernas, usted ya me comprende.

El joven sonrió.

—Sí, le comprendo —repuso—. Hablaré con Sphasina.

Estrechó la mano de Barez y se elevó en el aire, para reunirse con la joven y Ghelos, situados a cincuenta metros de la empalizada.

—No habrá rebelión —informó—. Cuando llegue el momento, abandonarán Krootil. Mientras tanto, piden les concedas permiso para salir fuera del recinto durante el día. Se portarán bien, créeme.

Sphasina le miró furiosamente.

—Actúas como si fueses el amo del planeta —dijo.

—Lo hago por tu bien —contestó él, impasible.

—De acuerdo, acepto los términos del pacto. Pueden salir del recinto, pero, al oscurecer, deberán estar todos de vuelta.

—Gracias.

Shasta se volvió y agitó una mano.

—¡Abran la puerta!

Un rugido de alegría brotó en el acto de mil gargantas. Apenas se hubo abierto la puerta, cientos de personas se precipitaron alborotadamente al exterior, sin preocuparse de las negras cenizas que pisaban en su ansia de disfrutar de la libertad recién recobrada.

Shasta contempló el espectáculo con la sonrisa en los labios. Al cabo de unos segundos, se volvió, pero, sorprendido, vio que Sphasina ya no estaba allí.

—Se ha marchado —dijo Ghelos socarronamente. Shasta contempló la figurita que empequeñecía rápidamente. Estuvo así un instante y luego movió la mano:

—Regresemos. El desenlace ya no puede tardar en producirse.

CAPÍTULO XI

Se hallaba en el exterior de la estación, contemplando la negrura de la noche mientras a su alrededor reinaba un silencio absoluto. A lo lejos, sin embargo, se veían brillar las luces de la capital, restablecida la energía después del pacto. Pero Shasta no había querido ceder en devolver la estación a sus primitivas operadoras; era un arma muy valiosa en sus manos y en las de sus amigos, para entregarla tan fácilmente. Sabía que existía una gran confusión entre las mujeres, aún muy reacias a perder sus privilegios, pero la central energética podía suspender sus suministros en cualquier momento y ello las hacía considerar la imposibilidad de una rebelión en sentido contrario.

En la mano tenía el transmisor de radio. De la sala de control llegó un informe:

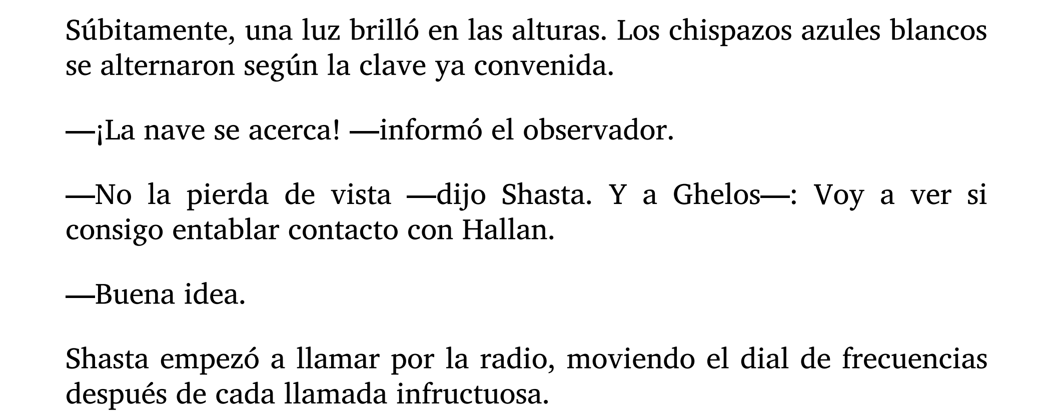
—La nave terrestre permanece inmóvil.

—Siga observando —dijo Shasta.

Ghelos se le acercó.

—Myra está en la residencia de Sphasina. Me gustaría verla…

—Ten paciencia. Te necesito.



Súbitamente, una luz brilló en las alturas. Los chispazos azules blancos se alternaron según la clave ya convenida.

—¡La nave se acerca! —informó el observador.

—No la pierda de vista —dijo Shasta. Y a Ghelos—: Voy a ver si consigo entablar contacto con Hallan.

—Buena idea.

Shasta empezó a llamar por la radio, moviendo el dial de frecuencias después de cada llamada infructuosa.

Súbitamente, una voz bronca y áspera llegó desde las alturas:

—¡Mike!

—Hola, Mark —sonrió el joven—. ¿Me oyes?

—Perfectamente —respondió Hallan—. ¿Qué haces ahí abajo? ¿Te has vuelto loco?

—No, por supuesto; sólo quería decirte que la rebelión no se producirá, que los conjurados han depuesto las armas y que el agente de Waydin ha muerto. Tus planes han fracasado, así de sencillo.

A través de la radio llegó un rugido de ira.

—Aún no he fracasado —bramó Hallan·—. He venido a rescatar a unos terrestres, capturados injustamente...

—Esos terrestres no necesitan que tú los rescates, Mark. No volverás a la Tierra convertido en un héroe, después de haber aplastado a las crueles amazonas que habían hecho cautivos a los componentes de una expedición de sencillos colonos. No podrás, en fin, convertirte en el dueño de Krootil, como habías proyectado, para aprovecharte de las inmensas riquezas existentes en el planeta.

—Mike, aún no sabes de qué soy capaz.

—Eres capaz de muchas cosas, incluso de lanzar bombas nucleares sobre Krootil, si no temieras contaminarlo, lo que impediría la explotación de sus riquezas —dijo Shasta fríamente—. Pero aquí estamos prevenidos y rechazaremos tus ataques con todas nuestras fuerzas.

De repente, Hallan se echó a reír.

—Apostaría a que Sphasina te ha nombrado general en jefe de sus tropas —exclamó burlonamente—. Esa pobre estúpida ha cometido el mayor error de su vida.

—Eres tú el que estás equivocado, pero no voy a seguir insistiendo sobre él tema. Lo único que te diré es que aún tienes una oportunidad de vivir, si das media vuelta ahora mismo y regresas a la Tierra. De lo contrario, créeme, toda tu influencia, todo tu poderío político y económico, ni siquiera tus estrechas relaciones con el ministro Ocklebee podrán salvarte. ¿Has entendido, Mark?

—Diríase que has estado esperando la ocasión de saldar cuentas por lo de Shulan-Yator, Mike —habló Hallan con voz tensa.

—En lo que se refiere a mí personalmente, aquello está olvidado. ¿No eres capaz de figurarte que, si hubiese sido otro, habría ido a buscarte para dispararte una descarga de energía? Pero había algo que no podía consentir y por eso estoy aquí. ¡Por última vez, Mark, vete!

La radio emitió una sonora carcajada.

—Vamos a asaltar Krootil y esas belicosas chicas no podrán hacer nada contra nosotros —dijo Hallan.

Shasta se volvió hacia Ghelos.

—Avisa a control que estén preparados —ordenó. Ghelos usó su transmisor de radio, que seguía con la frecuencia primitiva.

—Concentración de energía en el foco de ataque enemigo —dijo.

—Enterado —respondió el observador.

De repente, en las alturas, brilló una raya de color rojo muy vivo.

—¡Ahí viene el primer cohete sublumínico! —exclamó Shasta.

* * *

El cohete se desplazaba con una velocidad casi imposible de seguir con la vista, a no ser por la estela que dejaba en el cielo. Marchaba a unos doscientos noventa mil kilómetros por hora y emitía un silbido aterrador.

Pero la respuesta de la estación de energía fue instantánea y mucho más rápida todavía. Toda la energía que se emitía para los habitantes de Krootil quedó concentrada en un delgado haz de rayos, como una barra de luz sólida, que apareció repentinamente en la oscuridad de las alturas. El cohete chocó contra la colosal descarga de energía concentrada y se disipó en una lluvia de fuego inofensiva, a varios cientos de kilómetros sobre el suelo.

Pero la nave de Hallan había disparado una salva de cohetes, con medio segundo de intervalo entre cada uno de ellos. No obstante, la respuesta de la estación de energía los inutilizó sucesivamente, en medio de un fragor de fuego y ruido, que disipó las tinieblas nocturnas en un vastísimo radio. La noche pareció convertirse en día durante unos momentos.

De repente, se produjo una terrible explosión, de mucha mayor potencia que las anteriores.

—¡Un cohete ha estallado en el momento de abandonar su alvéolo! —informó el observador.

Shasta sonrió. Sabía que sucedería, ya que conocía el armamento que Hallan iba a emplear. La acción había sido tan rápida, que su jefe de artillería no había tenido tiempo de detener la salva.

Llegó el siguiente informe.

—¡La nave cae!

Shasta emitió una orden:

—Disperse la energía, atenuando su potencia, para convenirla en luz.

—Enterado.

La línea de luz blanca se convirtió en un cono, cuya intensidad lumínica había cedido un tanto. Pero, al mismo tiempo, era como un reflector gigantesco, que emitía un poderoso haz de rayos luminosos a cientos de kilómetros de distancia.

—La nave ha perdido sustentación. Refrenan su velocidad de descenso, pero no pueden evitar la caída.

—Aterrizarán bien, supongo —dijo Shasta.

—Recibirán unos buenos golpes, pero no se matará nadie.

—¿Puede localizar el punto de caída?

—Sí, desde luego. En la nave han fallado los sistemas de gobierno, excepto el generador de emergencia, que refrena la velocidad de descenso. Caerán a unos setenta kilómetros al Noroeste.

—¿Cuánto tardarán?

—De treinta a treinta y cinco minutos.

—Está bien. Ya no podremos seguir viéndola durante mucho rato, de modo que es preciso normalizar las emisiones de energía. Ghelos, ¿quieres acompañarme?

—Con mucho gusto —contestó el aludido—. Usaremos los propulsores, claro.

—Por supuesto —sonrió Shasta—. Pero aún no podemos considerarnos como vencedores. Hallan es un tipo listo y puede que tenga alguna carta oculta en la manga.

—Le obligaremos a que la muestre —dijo Ghelos resueltamente.

* * *

Sphasina se mostraba muy reacia. —Eso puedo hacerlo yo...

—Tú no estás habituada a tratar con gente de la calaña de Hallan —alegó Shasta—. Déjame que dirija la operación. Aunque sé que en esa nave vienen hombres sin escrúpulos, quiero evitarte complicaciones para el futuro.

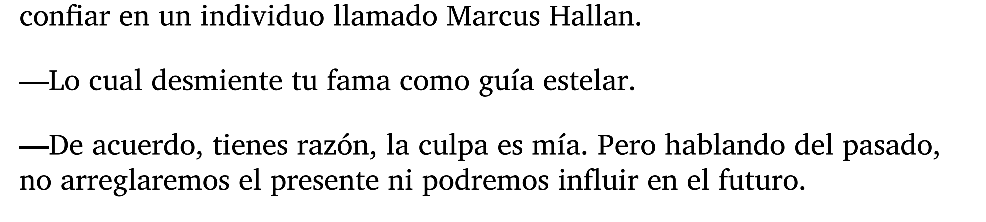
—Tú no eres adivino, Mike —dijo ella rígidamente.

—Procuro especular con lo que puede suceder, después de cada acción.

—Menos cuando se trata de guiar una caravana a un sitio llamado Shulan-Yator.

Shasta apretó los puños.

—Todos podemos cometer errores —dijo opacamente—. El mío fue



confiar en un individuo llamado Marcus Hallan.

—Lo cual desmiente tu fama como guía estelar.

—De acuerdo, tienes razón, la culpa es mía. Pero hablando del pasado, no arreglaremos el presente ni podremos influir en el futuro.

Sphasina suspiró.

—Es un plan disparatado…

—Hay que impresionar a los hombres de Hallan más que a éste mismo. Solo, Hallan no podrá hacer nada.

—Tiene dinero, aumentará la soldada de sus mercenarios.

—¿Y tus amazonas? ¿No son capaces de pelear por la independencia del planeta?

Sphasina se volvió hacia el joven.

—Ahora que ellos han conseguido lo que querían, ¿se limitarán a ser meros espectadores? —dijo críticamente.

—Si la cosa se pone fea, pelearán. Pero tienen que ir tus amazonas, por dos razones: están más entrenadas para las maniobras de combate y, segundo, los secuaces de Hallan esperan precisamente a unas mujeres que saben pelear. Si vieran que eran hombres los que les atacaban, deducirían inmediatamente lo sucedido y cobrarían una moral que no debemos permitirles.

—Tienes argumentos para todo —se rindió ella—.

Está bien, daré la orden de alarma general…

—Pero que lleven los arcos y las flechas. Sphasina se sobresaltó.

—¿Por qué? Tenemos los bastones de energía que son armas infinitamente más eficaces.

—Por supuesto, pero sólo hasta distancias de treinta u cuarenta metros, lo mismo que ellos con sus pistolas. En cambio, los arcos alcanzan al menos el doble de esa distancia. Claro está, como reserva, pueden llevar los bastones… pero sigo aconsejando los arcos.

—De acuerdo.

Sphasina se acercó a una consola de mandos y tomó un micrófono. Un poco más allá, Ghelos y Myra charlaban animadamente, ajenos a cuanto les rodeaba.

Shasta sonrió. Tenía el presentimiento de que Myra cambiaría de modo de pensar en lo referente a la clase de vida que deseaba llevar.

Sphasina volvió a su lado pasados unos minutos.

—Ya está —dijo—. Hemos movilizado todas las fuerzas. Unas veinticinco mil, en tres oleadas sucesivas de ocho mil, más mil de reserva móvil.

—Está bien. Creo que debieras ir tú, ya que tu rango te obliga a ello. Además, al estar presente podrás plantear peticiones y modificar o aceptar los términos de la rendición.

Ella hizo un gesto de aquiescencia. Ya tenía a mano su propulsor individual y empezó a ponérselo, ayudada por el joven. Ghelos se unió a ellos sin vacilar.

—Espérame, Myra —dijo.

La joven movió su mano amistosamente.

—Ten cuidado —aconsejó.

Miró a Shasta y le dirigió una cálida sonrisa.

—Creo que me quedaré aquí —manifestó—. Es decir, si me lo permiten...

—Algún mérito has hecho para que te concedan la ciudadanía krootiliana —respondió Shasta.

Cuando se disponía a alzar el vuelo, en unión de Sphasina y Ghdos, una amazona corrió hada ellos con un transmisor en la mano.

—Señora, los terrestres quieren hablar contigo —informó.

Sphasina consultó a Shasta con la mirada. Shasta hizo un signo afirmativo.

—Soy Sphasina —dijo la joven segundos después—. ¿Hablo con Marcus Hallan?

—Así es, señora —sonó una voz harto conocida—. Deseo pedirle un

favor: la libertad de los mil terrestres prisioneros…

—Usted sabe muy bien que están libres, aunque bajo ciertas condiciones. Por tanto, no tengo que acceder a algo que ha sido concedido ya. Pero, aunque no fuese así, no podría aceptar las peticiones de un hombre que ha llegado a Krootil con ánimo de conquistar el planeta por la tuerza. Señor Hallan, he ordenado la movilización general de mis guardias. Voy a pedirles a usted y sus secuaces que se entreguen. De lo contrario combatiremos hasta exterminarlos por completo.

Sonó una burlona carcajada.

—Anda, guapa, ven a por nosotros —dijo Hallan, y cortó la comunicación.

El rostro de Sphasina se inflamó de cólera. —Daré orden de que los exterminen… Shasta alargó su mano.

—Aguarda, no te precipites —rogó—. Hallan parecía muy seguro de sí mismo. Es posible que, como ya he dicho, guarde una carta escondida. Trataré de que la saque, a fin de poder combatirle adecuadamente.

—¿Piensas ir tú solo? —preguntó.

Shasta lanzó una mirada hacia el cielo, en el que se divisaban las estrellas.

—Sí, eso es lo que haré —contestó—. Pero tus fuerzas estarán prevenidas, para lanzarse al ataque, apenas recibas una palabra clave, lo que te hará comprender que Hallan y los suyos están en desventaja.

—Muy bien. ¿Cuál será la clave?

Una divertida sonrisa apareció en los labios del joven.

—Shulan-Yator —contestó.

CAPÍTULO XII

Había ido volando a ras de tierra, para evitar la detección de los

radares de la nave, tan sensibles que podían captar la imagen de un alfiler a mil kilómetros de distancia, pero con el mismo defecto que los que se construyeron primeramente cientos de años antes; los obstáculos sólidos impedían toda detección. Ahora, oculto tras unos arbustos, podía ver los trabajos que los hombres de Hallan realizaban en los alrededores de la astronave caída.

Era un aparato enorme, de más de cuatrocientos metros de largo, por ochenta o noventa de diámetro, con capacidad para un millar de hombres. Y no había menos afanándose en una labor que llenó de asombro al joven.

Pronto amanecería, se dijo. Ciertamente, la astronave estaba caída de costado y habría que trabajar mucho para reparar los desperfectos causados por la explosión, pero, aun así, era una terrible máquina que podía vomitar la muerte y la destrucción con su fenomenal potencia, prácticamente intacta, a pesar de la avería. Buena parte de los generadores de energía funcionaban todavía y puesto que su fuerza no era necesaria para sustentar la nave, Hallan había ideado aplicarla en los medios de defensa.

En torno a la nave y formando un cuadrado de unos trescientos metros de lado, se habían montado cuatro postes, de unos treinta metros de altura, rematados por sendas esferas distribuidoras de energía. Shasta supuso que Hallan había ido preparado para una eventualidad semejante, aunque su nave no hubiera sido averiada.

Los operarios, debidamente instruidos, estaban a punto de culminar la tarea.

Las pistolas de energía alcanzaban como máximo a treinta metros, pero aquellos postes podían enviar ininterrumpidamente descargas en todas direcciones y a más de mil metros de distancia. En pocos minutos, causarían una espantosa mortandad, sin que los terrestres sufrieran el menor daño.

Shasta se dijo que debía actuar sin pérdida de tiempo. Había que aprovechar los últimos minutos de oscuridad. Claro que había numerosos reflectores que proporcionaban luz a los alrededores de la nave, pero también había zonas oscuras y, sobre todo, tenía a su favor el elemento sorpresa. Hallan y los suyos esperaban el ataque de miles de amazonas y no podían imaginarse que el primer asalto iba a ser realizado por un hombre solo.

Inspiró profundamente. En la mano derecha tenía el bastón de

energía. Con la izquierda accionaría los controles del propulsor, de muy sencillo manejo por otra parte. Una especie de mango sobresalía por delante del aparato y según la inclinación que le diese en un sentido u otro, alterada su rumbo en la dirección deseada. Al mismo tiempo, con el pulgar hacía presión sobre el mando de velocidad, lo que le permitiría aumentarla o disminuirla según las conveniencias del momento.

Elevó la barra un poco y el aparato lo elevó a él.

Hizo presión con el pulgar, a la vez que nivelaba la barra, y el propulsor lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Había estado situado a un cuarto de kilómetro, en un lugar algo elevado, por lo que tras la primera ascensión, descendió muy oblicuamente, a gran velocidad guiándose por leves toques de los mandos.

El observador del radar vio una mancha en la pantalla y lanzó un grito, que se confundió con los que proferían los que estaban fuera de la nave. Antes de que ninguno pudiera reaccionar, Shasta, a unos cincuenta metros del suelo y veinte del primer poste, envió una súbita descarga contra la esfera distribuidora.

La descarga provocó un terrible estallido. Fragmentos de metal y vidrio cuarcificado volaron por los aires a gran distancia. Al mismo tiempo, la descarga se transmitía por los cables de conexión hasta los generadores internos, uno de los cuales explotó con tremendo estampido.

Los hombres que estaban en el interior de la nave empezaron a salir precipitadamente, asustados y temerosos por algo que no comprendían. Shasta viró noventa grados a su derecha y se lanzó contra el siguiente poste, que destruyó en las mismas condiciones.

Dentro de la nave, se producían continuos estallidos.

Los fusibles y las conexiones saltaban por todas partes, mientras los tripulantes, aterrados. buscaban su salvación en la huida. Pero, fuera algunos empezaban a reaccionar.

Decenas de pistolas se dispararon hacia aquella sombra huidiza, apenas visible en las tinieblas. Shasta, impertérrito, continuó su vuelo, destruyendo el tercer poste.

Ya sólo quedaba uno y se lanzó él a toda velocidad.

Entonces, Hallan, devorado por una furia infinita, alzó su pistola. Corriendo el riesgo de abrasar su propia mano, al dar al arma el máximo de potencia, hizo fuego en el preciso instante en que Shasta alcanzaba el cuarto poste.

La distancia era un tanto excesiva y la descarga. debilitada por dicho motivo, no causó daños personales al joven, pero destruyó el mecanismo de suspensión. Volteando como un pájaro herido, Shasta empezó a caer hacia el suelo.

En el último instante, tuvo tiempo todavía de lanzar la palabra clave:

—¡Shulan-Yator!

Luego se produjo el choque y perdió el conocimiento.

* * *

Cuando abrió los ojos, sintió un vivo dolor en la pierna izquierda. Pudo darse cuenta de que era de día y de que había algunos hombres contemplándole irónicamente.

Uno de ellos era Hallan.

—Bien, al fin has caído, y nunca más acertada la frase —dijo.

Shasta se esforzó para quedar incorporado sobre un codo.

—No conseguirás tus propósitos y no te convertirás en el dueño de Krootil —respondió.

—La cosa está fea, debo admitirlo, gracias a ti, sobre todo; pero precisamente por eso mismo tengo un arma magnífica para combatir a Sphasina.

—¿Quieres decir que piensas emplearme como rehén? La mirada de Hallan se endureció.

—Exactamente —confirmó—. Y si hay pelea, tú morirás en primer lugar.

—Mark, hace años, cuando aquel desdichado asunto de Shulan-Yator, hubo momentos en que pensé que la vida ya no tenía sentido para mí.

Ahora veo que el error que tú hiciste provocar deliberadamente en la puerta espacial, te sirvió para, a costa de unas cuantas vidas inhumanamente sacrificadas, conseguir el dominio de aquel planeta, tras haber exterminado virtualmente a sus habitantes. Pero los antropófagos de Shulan-Yator eran salvajes con los que no se podía razonar. Aquí, la cosa es muy distinta. Estos no son caníbales sin civilizar, cuyo exterminio pudo haber sido aplaudido por una opinión engañada. Los nativos de Krootil no caerán en la trampa que intentas tenderles.

Había un hombre junto a Hallan y pareció sentirse preocupado por aquellas palabras.

—Mark, ¿es cierto lo que dice ese hombre? —preguntó el ministro Ocklebee.

—Cállese —gruñó Hallan—. Usted recibirá su parte y desde el primer momento supo que no era un asunto limpio.

—Lo admito, pero no consentiré que se repita lo de Shulan-Yator. ¿Me ha oído usted?

—Le he oído y no pienso hacerle caso, por la sencilla razón de que usted callará, ya que está metido hasta el cuello en este asunto. ¿O es que creyó que Sphasina nos regalaría su planeta por nuestra cara bonita?

De repente, se oyó un agudo grito:

—¡Vienen las amazonas!

Hallan volvió la cabeza. Cientos, miles de jóvenes amazonas, se acercaban volando al lugar donde se hallaban, formando espesas bandadas que en algunos puntos, parecían oscurecer el cielo. Más lejos, se divisaba otra espesísima columna de amazonas y aún se veía una tercera cerca del horizonte.

—La radio —pidió Hallan.

Waydin se la entregó en el acto. Shasta vio rostros conocidos: Burr, Egan, Lowatt, Dweney... los hombres que se encargaban de los trabajos sucios de Hallan.

—Sphasina —dijo Hallan.

—Te escucho —contestó la joven a los pocos segundos.

—Gracias. Quiero que te enteres de una cosa. He capturado a tu adorado Mike Shasta. Retírate con todas tus fuerzas o lo convertiré en un mantoncito de cenizas.

La primera oleada de amazonas había rodeado por completo el lugar y estaban inmóviles a unos cincuenta metros del suelo. Shasta observó el temor en los rostros de los mercenarios.

—¿No me contestas? —exclamó Hallan, en vista del silencio de Sphasina.

—Está allí —cuchicheó Burr.

Hallan fijó la vista en una amazona, cuyo uniforme estaba adornado con grandes placas de oro. En torno a ella había una formación de mujeres, de aspecto inequívoco.

—Te veo, Sphasina —dijo—. Y quiero que sepas que hablo completamente en serio. Si yo me voy a ir al infierno, tu amante Mike vendrá conmigo. Por tanto, tienes cinco segundos para dar la orden de retirada. Tú eliges.

Hubo un momento de silencio. De súbito, se oyeron algunos gritos al otra lado de la nave.

Hallan se volvió. Una amazona caía sobre él, volando a toda velocidad, pero más lenta que la flecha que partió de su arco y que se enterró hasta las plumas en el pecho del terrestre.

Se oyó un gemido agónico. Hallan soltó su pistola y agarró la flecha con ambas manos, intentando arrancársela. Pero las fuerzas le fallaron de repente y cayó de bruces sobre la hierba.

Entonces, Ocklebee, aterrado, levantó las manos:

—¡No tiren, no tiren! ¡Nos rendimos! ¡Arrojen las armas, muchachos! No hagan ningún gesto hostil...

Shasta miró a la amazona que había disparado la flecha y que se mantenía a unos cuarenta metros del suelo. Ella le guiñó un ojo.

Minutos más tarde, un millar de abatidos mercenarios, encabezados por el ministro Ocklebee y los secuaces de confianza de Hallan, formaban una larga columna que se disponía a marchar al cautiverio. Sphasina había tomado tierra y estaba arrodillada junto al joven.

—La doctora vendrá en seguida —anunció.

Shasta se había sentado y miraba a la joven con la sonrisa en los labios.

—Eres astuta —dijo—. Hiciste que otra tomase tu puesto, se puso tu uniforme y…

—Hallan no me conocía personalmente ni tampoco había escuchado mi voz demasiadas veces. Por otra parte, si alguien debía salvarte, era yo —contestó ella. —Fue un tiro magnífico.

—Una reina gobernadora debe ser la mejor en todo —respondió Spashina altivamente.

—Sí, tiene que serlo —convino él.

Varias amazonas descendían rápidamente. Sphasina se irguió.

—Creo que tiene un esguince en un tobillo, además de algunas contusiones —dijo.

—Le curaremos —aseguró la doctora.

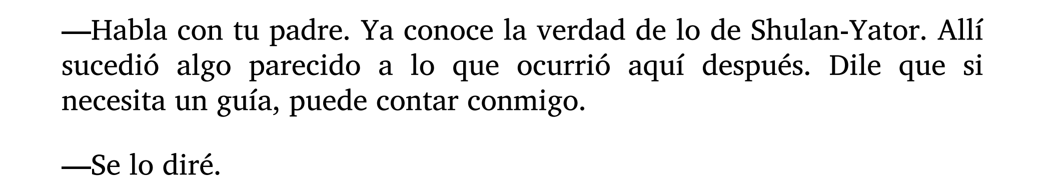
* * *

El diagnóstico de Sphasina había sido equivocado y el tobillo de Shasta estaba fracturado. Varias semanas más tarde, cuando ya podía caminar, apoyado en un bastón, Myra entró en su alojamiento.

—Han llegado dos naves de la Tierra —anunció—. Una de ellas se va a llevar a los prisioneros, incluido el ministro Oeklebee. Bueno, ex ministro, porque se vio obligado a dimitir, después del escándalo provocado con su actuación. Sphasina ha permitido que los terrestres sean juzgados por sus tribunales, a condición de que se reconozca la plena independencia de Krootil y su libertad para aceptar o no caravanas de colonos.

—Es una hábil diplomático —convino él, sonriendo.

—La otra nave trae ingenieros y elementos para construir una puerta espacial. Una vez entre en funcionamiento, la caravana Barez emprenderá su viaje a Khyrios.



—Habla con tu padre. Ya conoce la verdad de lo de Shulan-Yator. Allí sucedió algo parecido a lo que ocurrió aquí después. Dile que si necesita un guía, puede contar conmigo.

—Se lo diré.

—¿Te vas con él!

Myra se echó a reír.

—Por el momento, me quedo. Ghelos tiene interés en conocer nuestro planeta. Luego va decidiremos dónde hemos de instalarnos.

—Myra, ¿es el hombre que deseabas? Ella le hizo un gesto lleno de malicia.

—Es todo un hombre —respondió—. Por cierto, esto empieza a cambiar, después del tratado. Ya no hay hombres encerrados por las noches… En fin, imagínate.

—Era hora de que cambiasen las costumbres —convino Shasta.

Myra se empinó y la besó en una mejilla.

—¿Te volverás con los ingenieros que van a montar la puerta de transporte instantáneo? —preguntó.

—No. Mike se queda aquí.

Shasta y la joven se volvieron al mismo tiempo. Sphasina estaba en el umbral de la puerta.

Hubo un instante de silencio. Luego, Myra soltó una risita y echó a andar hacia la salida.

—Sí, creo que se quedará —dijo—. Se lo diré a mi padre, para que busque otro guía…

Al quedarse solos, Sphasina avanzó lentamente hacia el joven.

—Lo que he dicho antes no es una orden, Mike —murmuró.

—Ah, ya no me consideras un elemento subversivo —sonrió él—. Fue eso precisamente lo que motivó mi expulsión de Krootil… intentar que los hombres de este planeta consiguieran la igualdad…

—No hablemos del pasado, Mike —rogó ella.

—¿Entonces…?

—Hablemos del futuro. Por ejemplo, ¿cuándo podrás bañarte en el estanque de la cascada?

—Bueno, andar me cuesta todavía un poco, pero puedo ponerme un propulsor individual… y nadar no me perjudicará, sino todo lo contrario. —Pasó un brazo en torno a la cintura de la joven—. ¿Vamos?

—Mike, he estado pensando… Creo que debo dejar el puesto y permitir una nueva elección…

—No es mala idea, pero, me parece, tampoco es algo que corra demasiada prisa. Hay algo más urgente, querida.

—¿Sí?

Shasta se inclinó hasta situar sus labios junto a la oreja de la joven:

—Un baño en el estanque de la cascada —musitó.

FIN